EL BANCO DE LA DESOLACION

HENRY JAMES



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

(The Bench of Desolation, 1910)

I

En su opinión, a lo largo de su última y desagradable charla, ella le había transmitido prácticamente la insinuación, la espantosa, brutal y vulgar amenaza, aunque, a pesar del valor y la confianza que le quedaban -confianza en lo que alegremente él hubiera llamado con un poco más de agresividad la fuerza de su posición-, había juzgado mejor no tomarlo en cuenta. Pero ahora no se trataba de no entender o de fingir que no entendía; las amenazadoras y repulsivas palabras que despiadadamente salían de sus labios, eran como dedos de una mano que ella se metiera en el bolsillo con el fin de extraer el monstruoso objeto que mejor sirviera para -¿cómo podría definirlo?- una declaración de guerra.

-Si dentro de tres días no he recibido una respuesta distinta por su parte, pondré el asunto en manos de mi abogado, a quien, por si le interesa saberlo, ya he visto. Presentaré una denuncia por «incumplimiento de promesa matrimonial» contra usted, Herbert Dodd, tan cierto como que me llamo Kate Cookham.

Allí estaba, contundente y sin ambages; aún así, cuando lo escuchó, e incluso al escuchar, sentía que por su parte era como si aquello alumbrara, como si ella hubiera pulsado un interruptor eléctrico, la luz más radiante de su mismísima razón. Allí estaba ella, en toda la magnitud de su natural grosería, en toda su prepotencia excesiva y carencia de escrúpulos; y aquella mujer, capaz de tan innoble amenaza -tener una clara conciencia de su naturaleza le aterraba-, era quien ahora hacía que pareciera un crimen el que él no deseara ligarse a ella de por vida. El hecho significativo y espeluznante era la realidad, sin equívoco posible, de su propósito; había considerado el caso con todo detalle; había calibrado su odiosa y aparente respetabilidad; estaba seguro de que había conseguido el mejor asesoramiento que se podía obtener en Properly, donde siempre existía una recepción de primera clase para cualquier asunto de ínfima categoría; en resumen, era repugnantemente cierto que le demandaría; era astuta y hábil; más aún, en ciertos manejos, claramente una experta, pues, de no ser así, ¿cómo había sido que, contando sólo con sus limitados atractivos, había conseguido hacerlo caer en sus redes? No podía permanecer ciego ante la verdad más que probable de que, si se lo proponía, lo aplastaría. Ella sabía con toda seguridad que lo lograría; y esa certidumbre se convertía así en prueba irrefutable de su crueldad.

Al lado de eso, haber simulado que lo amaba no significaba nada; otras mujeres habían fingido lo mismo y también hubo otras que lo amaron de verdad, pero que le hubiera hecho creer a él que era posible que hubiera estado con agrado, protegido y a salvo amándola, a ella, una criatura capaz de olisquear aquella mugre de los tribunales, de supuestos daños y perjuicios, mentiras descaradas y besos pregonados, de cartas de amor leídas entre obscenas carcajadas como un tónico contra el resentimiento, como incentivo poderoso en su camino, esto fue lo que terminó abriéndole los ojos. En verdad, ¡qué mente más diabólica y qué naturaleza tan asombrosa! Pero, por desgracia, tampoco le cabía ninguna duda de que la intensa percepción que ahora tenía de estas cosas lo llevara a pisar más firme. Aparentemente, tendría que vivir en adelante atormentado de forma abominable, vivir conscientemente arrepentido, tal vez tendría que vivir lo que un mundo sarcástico llamaría abyectamente expuesto; pero, al menos, viviría a salvo. Sin embargo, a pesar de aferrarse a aquella verdad tranquilizadora y, a pesar de haberle manifestado, junto a muchas otras protestas y súplicas airadas, que la línea de conducta que ella planeaba seguir era propia de una camarera vengativa, un miedo latente, demasiado profundo para limitarse a despreciarlo, le obligaba a simular que dejaba entreabierta la puerta a un posible arreglo hasta que de un modo u otro pudiera enfrentarse a ella de nuevo. Él se había burlado de su petición, de su amenaza, de que hubiera llegado a pensar que podía estafarle y amedrentarle. ¡Pues vaya manera de resucitar un amor muerto!; aun así, con prudencia pero inútilmente, su impulso natural era ganar tiempo, incluso si el tiempo sólo le conducía a temblar más lamentablemente todavía; de momento, lo ganaba no lanzando el ultimátum de que no pensaba ceder a su petición. No tenía la más remota intención de ceder, pero, como era típico en él, durante tres o cuatro días respiraría mejor dejándola bajo la impresión de que tal vez lo haría. Al mismo tiempo, hubiera sido incapaz de decir qué era lo que le había impulsado a pronunciar la frase con la que se habían despedido, como réplica a las últimas palabras de Kate.

-¿De verdad quiere decir que estaría dispuesta a casarse y a vivir con un hombre que, tras la boda, diera la impresión de verla constantemente como una odiosa coacción?

-No se preocupe por mi disposición, ya sabe cuál ha sido durante los seis últimos meses. Déjeme a mí con mi disposición, me ocuparé de ella perfectamente; usted ocúpese tan sólo de la decisión que adoptará sobre la suya -había contestado Kate.

Más tarde, se preguntaría si, cuando vuelto hacia ella en silencio, mientras su aborrecible lucidez dominaba irrefrenable, su rostro le había mostrado algo semejante al inmenso odio que sentía hacia ella. Seguramente no; no había rostro humano que pudiera expresarlo; especialmente el rostro bello, refinado, intelectual, su rostro de caballero que, según la propia Kate había admitido repetidas veces, había sido al principio tan decisivo para enamorarse.

-Y ahora, con franqueza, personalmente ¿qué preferiría usted que hiciera? -le había preguntado con intención absolutamente irónica-: ¿Un casamiento sórdido después de todo esto o concederle el placer de su encantadora presencia ante los tribunales con sus inconmovibles (puesto que es así como lo ve), graves daños y perjuicios? ¿No se sentiría totalmente frustrada si en realidad no consiguiera de mí nada mejor que un pobre y sencillo anillo de oro de diez chelines y el resto de la blasfema basura que habría entre nosotros, proclamada ante el altar? Desde luego, doy por supuesto -había fanfarroneado- que no pretenderá por un momento que, tras este acto profano, emprendamos una vida juntos.

-Mi sueño sigue siendo como siempre emprender la mía con usted, Herbert Dodd. ¡Recuerde que lo deseo, querido, que estoy incluso tan a su favor como usted mismo! -había gritado-; recuérdelo, Herbert Dodd; ¡recuerde, recuerde!

Estas palabras le habían dejado francamente, con un escalofrío mortal. Podría haber sido el último eco de una súplica o una muestra de persistente y perversa ternura, por muy descabellado que fuese el asunto; pero, de hecho, su cara morena, grande, limpia y vulgar parecía tan expresiva como la estantería de la librería de Herbert cuando la amarillenta persiana ancha y lisa estaba echada. Ahora percibía mejor que nunca cómo su rostro era demasiado grande para su cabeza, de la misma forma que su cabeza era demasiado grande para su cuerpo y de igual modo que sus sombreros parecían rechazar de un modo irritante toda selección y avenencia respecto a cualquiera de las dimensiones de su cuerpo. A Herbert le gustaba la estantería de su librería, con una exposición bien seleccionada; le agradaban los estantes bien ordenados y era especialista en veinte esquemas distintos en el arreglo de libros y grabados antiguos; «rarezas de primera categoría» las llamaba en el modesto catálogo con el que negociaba y que su tío materno, David Geddes, le había «transmitido», como a él le gustaba decir. Su madre viuda le había sacado todo al respetable anciano poco antes de morir: las existencias, las relaciones y la casita bastante ruinosa en la calleja bastante ruinosa, en nombre del más joven e interesante de sus hijos, el más «delicado» y literario de sus cinco diseminados y esforzados hijos. Él sabía disfrutar con la colocación, los contrastes y efectos más acertados, con las armonías y variedades de piel y tela matizada y desvaída, sus buscadas tarjetas de color y la intensa claridad, aquí y allá, de las etiquetas blancas y hermosamente numeradas con el precio, que le gustaban lo suficiente en sí mismas como para consolarle casi por no tener que irrumpir más a menudo, ante la insistencia de un cliente, en la equilibrada composición. Pero la extensión de lona echada, sucia por el tiempo, la cosa de los domingos y días de fiesta, con sólo su nombre: «Herbert Dodd, Heredero», pintado sobre el ya antiguo diseño de su tío, las tenues florituras como a plumilla -bastante arcaicas ya-, aquella horrible máscara vacía que podía tan fácilmente tomarse como la máscara del fracaso, siempre le producía en cierto modo un escalofrío.

La analogía era completa, porque precisamente aquella había sido la clase de escalofrío que le produjo la última mirada de Kate Cookham. Suponía que la gente que hacía magníficos negocios, seguros y firmes, en el campo que fuese, podía ver la fachada completa vuelta hacia el vacío de aquella misma manera, y pensar simplemente en las horas pasadas que les había costado conseguir aquello. Solamente por esta razón (difícil de aguantar en otras palabras, y puesto que Herbert Dodd, que efectivamente tenía temperamento literario, era capaz de aquel juego imaginativo o incluso de análisis morboso), uno tenía que apoyarse en alguna base, uno tenía que sentir algún tipo de confianza, muy diferente de la que él había sentido hasta ahora. Nunca había dejado de disfrutar pasando delante de su librería por la otra acera de la calle y observándolo desde allí con una indiferente oblicuidad; pero nunca había mantenido comercio óptico con la persiana bajada más tiempo del necesario. Le parecía siempre horriblemente terminante y como si nunca más fuese a levantarse. Grande y desnuda, con su nombre mirándole fijamente desde el centro, ofrecía en su inflexibilidad un punto de comparación con el rostro siniestro de Miss Cookham. Ella nunca se ponía hermosos velos transparentes con puntitos como los que llevaba Nan Drury; y las palabras «Herbert Dodd» -si no fuera porque en un par o tres de ocasiones las había proferido más como una Meg Merrilies o como la intrépida mujer mala en uno de los melodramas de alta sociedad representados durante el verano en el Pabellón situado al final del muelle en Properley- estaban de manera permanente y molesta en sus labios. No cabía duda de que era inflexible.

Aquella noche, solo, en la habitación trasera de encima de la tienda, veía tan pocas escapatorias que,

conscientemente desmoralizado en aquellos momentos, dio rienda suelta a las lágrimas. No podía sobreponerse a la actitud increíblemente rastrera que ella había adoptado. La singular amargura de este trago era causada por haberse dejado arrastrar a una lucha en semejantes términos. El uso, por parte de Kate, del procedimiento legal más vulgar: el más vulgar, el más vulgar, seguía repitiendo, aferrándose al consuelo que le ofrecía atribuir a su atormentadora el vicio al que, a pesar de las dificultades -¡y sólo él sabía cuántas!-, sinceramente creía haberse mantenido ajeno. Sabía quién era él, en una posición social bastante miserable y oprimida: el joven propietario pobre de un viejo negocio que, más que robustecerse, se había encogido con la edad: la compraventa de libros usados y grabados, en la calle trasera de un balneario de gran fachada en la costa sur (en la Ciudad Vieja por suerte) donde transcurría el oscuro curso de su vida. Pero se había preocupado de educarse al máximo: sus clientes cultos rondaban a menudo para charlar un poco más de la media hora que, cada vez, con cautela y casi con escrúpulos, les retenía allí; eso significaba que tenía (no podía permanecer ciego ante aquello) gusto natural y que lo había cultivado y formado con amor. Así, hasta donde le era dado recordar, había habido cosas a su alrededor que le hicieron sufrir y ante las que otra gente permanecía indiferente; y él había guardado para sí la mayor parte de su sufrimiento, lo que le enseñó, en cierto modo, cómo sufrir y casi cómo llegar a disfrutarlo.

En todo caso, nunca había perdido el sentido de ciertas diferencias; había hecho lo que podía para mantenerlas vivas y acordes con el hecho de que la vulgaridad estaba en el polo negativo de su línea de conducta. Durante una serie de meses extraños y opresivos, creyó que los modales y el tono de Kate Cookham eran irreprochables; había sido institutriz en dos excelentes y distinguidas familias, y ahora daba clases de literatura e historia a chicas mayores, persuadidas a veces por sus madres; en realidad, había entrado en la librería a mirar su colección de libros de texto y se había demorado, como tantos otros, por el placer de la conversación, deslumbrándole en aquella primera ocasión por sus aparentes cualidades intelectuales -¡bien sabe Dios que no por las físicas!-, que exhibió hábilmente hasta que le tuvo atrapado y sin escapatoria. Todo había sido -cuando logró desmontar las piezas una a una-, la más burda de las trampas, tendida sobre la más descarada avaricia. No obstante, lo que ahora le hundía -lo que le dejaba abatido en el sillón junto a la mesa y alimentaba los sollozos débiles y aterrados entre sus brazos en reposo-, era el hecho de que, fuera cual fuera la trampa, le tenía atrapado como una garra de acero cortante y sanguinaria. Ahí estaba, ahí, solo, en el dorado atardecer de verano que entraba por sus ventanas, llorando y llorando. No podía escapar sin perder algún miembro. Lo que no sabía era cuál de sus miembros sería.

Más tarde, antes de salir -pues finalmente sintió la necesidad de hacerlo- sólo pudo, inclinado sobre el lavabo, intentar borrar de su rostro y de los ojos que le delataban las huellas de su falta de fortaleza. Se recompuso y, al sorprender en un viejo espejo deslustrado su ligeramente espectral imagen agotada, volvió a vislumbrar, como un relámpago, el fulgor del justo resentimiento. ¿Quién podría estar a salvo de un trato grosero si un hombre de su condición realmente elegante, en realidad tal vez de apariencia excesivamente refinada o decadente, y absoluta caballerosidad, no podía estarlo? Nunca había llegado al extremo de vanagloriarse de ser un caballero; pero estaba dispuesto a mantener contra viento y marea, con total candor, y alegándolo como una enorme ventaja, que, a pesar de su facilidad para el llanto, «parecía» un caballero; que sin duda lo *era* en lo referente a varios extremos de este asunto. ¿Qué tipo de dama entonces era Kate Cookham? ¿Quién podría confundirla alguna vez con una dama? y, en consecuencia, ¿cómo podía uno tener algo que ver con ella -algo de orden íntimo y privado- limpiamente y a un nivel de igualdad mutua, que era el único posible? Podía quedar tullido para siempre; cuanto más lo pensaba más firmemente creía que eso era lo que le aguardaba. Pero acabó por ver este destino a la luz casi redentora del hecho de que todo había sucedido por ser él en comparación con ella demasiado aristocrático. Sí, un hombre de su posición no podía haberse permitido llevar aquello tan lejos; antes o después, de un modo o de otro, le habría acarreado la ruina. No importaba, no podía ser de otra manera. Por supuesto, podía sufrir intensamente, pero ¿cuándo no había sufrido él intensamente? ¿Cómo, por el sistema que fuese, iba a vivir sin eso? No era de extrañar que una mujer como Kate Cookham hubiera deseado apropiarse de algo tan valioso, por lo escaso. Lo justo hubiera sido que ella pagara el precio más elevado, y no que fuera él quien, por una lógica extraña, se encontrara en la agobiante situación de tener que pagar.

II

Por supuesto, así se lo relató a Nan Drury -cuando sintió la inmediata e imperiosa necesidad de hacerlo- porque, quizás, de un modo o de otro, pensaba que sería capaz de soportarlo todo con ella, mientras estaban sentados -cuando tenían ocasión y posibilidad- en uno de los últimos bancos del extremo occidental del

interminable paseo marítimo. No todo el mundo se aventuraba hasta allí, especialmente en aquella desabrida estación -ahora, el único eco de bullicio, a no ser por la gente locuaz y estrepitosa que rondaba el flamante Malecón cuyas luces brillaban a lo lejos, se reservaba para el alegre desfile de mediados de invierno-. No todo el mundo prestaba atención a las puestas de sol -que desde allí se divisaban maravillosamente bien, un singular punto fuerte del horizonte meridional de Properley, el más «favorable», como le gustaba llamarlo a Herbert Dodd- con la misma intensidad que él se la había prestado siempre, y cómo descubrió que Nan Drury se la prestaba, por no hablar de lo poco que le interesaban a Miss Cookham, según observó también. Había enseñado a su tiránica compañera a fijarse un poco en ellas, del mismo modo que le había enseñado muchas otras cosas, pero aquello era otro asunto. Aquel «finisterre» (en su punto más alejado se le daba aquel nombre), había sido forzosamente, a falta de lugares más recogidos y más cómodos, el escenario de la mayor parte de lo que ella llamaba su noviazgo o, para ser más exactos, del tiempo en el que ella le había cortejado de la forma más constante y descarada; del mismo modo que en lo sucesivo haría posible que, con igual rigor, él disfrutara de períodos de consuelo ofrecidos por la hermosa, dulce y tierna Nan, a la que ahora por fin, después de lo maravillosamente que ambos se habían comportado, iba a hacerle la corte con tanta energía como nunca lo había hecho, sin reservas y con absoluto abandono, con un amor totalmente romántico y atolondrado, como un refugio de la venenosa realidad.

La retirada dársena de una legua de longitud, pavimentada, alumbrada, ajardinada y con bancos, abandonaba sus atracciones más o menos alabadas y se interrumpía a poca distancia de aquí describiendo una curva hacia el interior de la benigna costa oeste como una bahía de amplios brazos que abarcaba todo lo feo entre la ciudad y el campo, y la lejana cenefa ocasional de la costa volviéndose, a medida que el día declinaba, hacia los intensos colores de la tarde, grises, marrones y un lejano azul que podría haber sido justificadamente el del hermoso Hampshire. Aquí fue donde, a lo largo de todo aquel desgraciado verano con Nan -desde el espantoso día de mayo-, se abandonó a un sentimiento de intimidad con la clase de mujer que por lo menos le gustaba; aun cuando tuviera que verse privado para siempre, por lo que podía deducir, del resto de cosas que hacían la vida pasable. Aquí fue donde -a la primera ocasión- Nan empezó a quitarse, doblar y guardar en el bolso el bonito y digno velo moteado, como si a consecuencia de la turbulenta ruptura del compromiso de Herbert con otra mujer, hubiera sido sacudido por un oscuro vendaval de tormenta. La supresión de aquel obstáculo frente a un amigo de confianza al que se aseguraba que la piel de melocotón de sus finos rasgos faciales toleraba la prueba del escrutinio más directo de su fría dulzura, como podía confirmarlo una mirada perpleja, y la entrega total y decisiva de sus encantos, digamos que marcaron el cambio en la situación de la pareja y eran prueba del total respeto a las convenciones que habían guardado hasta entonces. En realidad, más tarde, podían haberlo fechado como el día en que estrangularon su libertad por completo y en que sintieron la felicidad de no tener, en adelante, demasiadas cosas por las qué preocuparse, salvo por su impotencia, su pobreza, su ruina; fechado desde la hora en que Herbert contó a Nan -ruborizado- el pasmoso estallido de la segunda y concluyente «escena de violencia» con la dueña de su suerte, con la que había tenido que pactar expresamente y de manera vergonzosa las calamitosas condiciones de su liberación. Ella «se avino», la bestia despiadada, a recibir cuatrocientas libras -ni un penique menos- como precio por su renuncia a presentar una demanda judicial. Ningún jurado del país le hubiera condenado a pagar menos de seiscientas libras. («¡Muchas gracias, pero Kate sabía muy bien el terreno que pisaba!»), y podía considerarse afortunado de salvar la piel en aquel asunto. Así pues, ésta era la suma por la que rastreramente había capitulado, tras un acuerdo sellado por un intercambio final de recriminaciones.

-¿Dónde demonios va a encontrar cuatrocientas libras? -le había repetido Miss Cookham en tono burlón mientras él jadeaba como si le estuviera retorciendo el cuello con sus garras-. Allá usted; yo hubiera pensado que estaba seguro de a qué se exponía antes de decidirse a su ruin traición. -Y después, había formulado con voz hueca y remilgada, más gentil y falsa que nunca, su firme y repugnante conclusión-. Desde luego -se lo vuelvo a repetir-, si usted se opone claramente a las incomodidades de tener que buscar el dinero, ya sabe dónde *encontrarme*.

-¡Antes me moriría de hambre que acercarme a una milla de distancia de usted! -Herbert comentaba que le había respondido con dulzura; y en consecuencia, así estaban los dos, él y la indigente Nan Drury consagrados el uno al otro pero desesperados. El padre de Nan, de la firma Drury & Dean, era, hasta la fecha, uno de los tantos personajes inquietos que atisbaban a través de los cristales empañados de las oficinas polvorientas de Properley, agente de la propiedad inmobiliaria, topógrafo, tasador y subastador; ella era la más bonita de seis hermanos, con dos chicos que no servían para nada, pero gracias al modo en que su principal protector natural

parecía languidecer bajo la acumulación de sus múltiples atribuciones, no podía decirse de forma muy concreta o con seguridad cómo sobrevivían. La continuación de su existencia colectiva tenía mucho de milagroso incluso para ellos mismos, aunque se habían habituado a no intercambiar sin necesidad comentarios demasiado tensos sobre el tema, e incluso, en cierta manera, con el tiempo habían acabado por acostumbrarse. La meditativa rubicundez de Nan cuando hablaba con ella, sus labios muy entreabiertos, que dejaban a la vista los hermosos dientes, sus párpados muy amplios, que dejaban ver los hermosos ojos, todo aquello que podía haber correspondido a una imagen de cera que representara la fe incondicional, enfriaba el ardiente desamparo de Herbert como si reclinara la cabeza en una tensa almohada de seda. Ella usaba, era cierto, formas de lenguaje, consignas familiares que le conmovían como si desde dentro surgieran pequeñas perforaciones punzantes en la lisa superficie; pero el placer que encontraba en ella y lo mucho que la necesitaba eran independientes de estas cosas, y en realidad estaban casi totalmente determinados por sus modales alegres, aun cuando todo fuera tan triste, y los impulsos naturales en ella, afines a los suyos. Con su elegancia natural, impresa como con troquel, su velado y desposeído donaire personal, que hubiera impedido que pasara desapercibida en cualquier lugar: sombrero con velo, boa de plumas, sombrilla de elegante empuñadura y todo lo demás, amén de la distinción de la figura sin excesos que Dios le había dado, Nan, en resumen, era tan incapaz como él de soportar la vulgaridad.

Así pues, considerando la tensión a la que Herbert estaba sometido, no parecía importarle mucho que, por ejemplo, Nan continuara remitiendo tantas cosas a la época, como ella decía, en que entró en su vida; Herbert mantenía con gran insistencia y argumentos que ella de ninguna manera había entrado allí hasta que él no se hubo decidido por completo a prescindir de su otra amiga; lo que Kate, aquella furia sistemática, quería darle a entender claramente, era que le había traicionado con Nan; en tanto que el precioso derecho de Herbert a mantener bien alta la frente ante todo, al menos ante sí mismo, radicaba en que ella no pudiera hacer coincidir las fechas de ningún modo. Él ni siquiera había oído hablar de la existencia de su verdadera belleza (hacía sólo unas pocas semanas que Nan había regresado de Swindon, tras pasar dos años con su espantosa y exasperante tía recién fallecida; antes de aquella ausencia, era sólo una niña que pasaba inadvertida) hasta mucho tiempo después -lo juraba por su honor- de haber tratado de recuperar su libertad mediante su primera gran carta de retirada: el precioso documento que haría las delicias de un jurado británico y que, según los abogados de Miss Cookham, ofrecía a su poseedora una fortuna en perspectiva. La manera en que los secuaces habían pasado a ser «sus» secuaces (¡parecía que les hubieran apostado por ella desde el inicio de aquel juego!); el modo en que las «órdenes» salían despedidas, con un alcance gigantesco, ¡como si ella hubiera llegado con los bolsillos llenos de ellas!; la fecha de la carta, asociada a otras cosas relacionadas con ella, y la fecha de lo que para él era la primera traición de Kate: haberla visto descender del tren de Brighton con Bill Frankle aquel día que fue a la oficina de correos de la estación a protestar por el extravío de una caja que venía de Gales; aquellos eran los hechos que a él le bastaba señalar, como los había señalado -¡bien lo sabía Dios!- repetidas veces, en consideración a Nan Drury. Si no había buscado la ocasión de hacerlo ante nadie más -en los tribunales, tal como le aconsejaban- era asunto suyo, o por lo menos suyo y de Nan.

Entretanto, poco importaba si en su banco de la desolación, durante todo aquel verano -y tal vez durante veranos y más veranos, por no contar los futuros inviernos allí y en cualquier lugar- Nan cediera a su ingenua costumbre de no contradecirle, lo que la llevaba a arrastrar ante él, una y otra vez, con excesiva complacencia e inoportunamente, los jirones y pedazos del abatimiento y desesperación del propio Herbert.

-«Bueno, me alegro de formar parte de tu vida, por terrible que sea, y de haber entrado en ella cómo y cuándo quiera que fuese!» «*Por supuesto* que preferirías morirte de hambre -como sin duda sucederá- antes que haber pagado tu rescate con un amor aborrecible y falso, ¿no es cierto?» «¿No te cortejó del modo que lo hizo aun antes de haberla mirado siquiera o como si no le hubieras demostrado lo que en realidad pensabas de ella antes incluso de fijarte en mí?, ¿es que no tengo razón?» Y, «¿cómo demonios vas a lograr reunir otro chelín si no empeñas hasta los zapatos que llevas puestos? *Eso* es lo que te gustaría saber, ¿verdad, cariño?»

III

Su acreedora, en el momento que le convino, trasladó su base de operaciones a la ciudad, a cuyo impenetrable escenario también ella se había retirado; la recolecta de las primeras doscientas libras a lo largo de cinco meses de tristeza y desesperación y luego de otras setenta libras más, fue una sangría penique a penique, tras largas demoras y bajo el latigazo epistolar que el abogado londinense hacía restallar en su desdichado oído, similar al

chasquido producido por el mismísimo informe en boca de Miss Cookham. Estos deprimentes esfuerzos semejaban una ascensión a gatas por un abrupto precipicio con falsos escalones que fallaban, en el que las rodillas desnudas se desollaban, y donde las manos lograban agarrarse a los matojos del camino o fracasaban en su intento, siguiendo un sistema al que la pobre Nan habría podido acceder de forma más inteligente si no hubiera sido tan remilgada. Ella continuaba, con morboso tono trémulo, insinuándole dónde encontraría el resto del dinero, el inextinguible resto, mucho después de que él, en un acceso de cólera muda, hubiera suspendido los pagos. En un principio, se había sentido de un modo atroz, ante la todavía probable no exclusión de algún penetrante rayo que le dejara *expuesto*. Ahora no le importaba un maldito comino; y de hecho, una vez que hubo conseguido a todo trance devolver la cantidad de doscientas setenta libras, simplemente devolvió sin abrir el último documento recibido conminándole a pagar. Este último signo de rebeldía, tardío pero real, el primero al que se había atrevido, curiosamente no provocó que sucediera nada en absoluto; por lo menos nada que no fuera su disposición a preguntarse con dramática tristeza si un gesto semejante no hubiera sido más eficaz de haberse producido antes.

De todos modos, para entonces Herbert podía calcular el grado de su ruina; tres exorbitantes hipotecas sobre su casa, su tienda, sus existencias y una carga de intereses bajo cuyo peso su negocio quedó postrado sin vida, sin fuerza para dar un puntapié de protesta, sin aliento para un gemido de súplica. Los clientes, que se demoraban para gozar de los sustanciosos comentarios que intercalaba con discreta y cultivada habilidad, habrían encontrado, en esta crisis, un buen modo de recompensárselos, si su ingenio se hubiera desviado un poco más abiertamente de la inmediata cuestión de los méritos de un autor u otro o de las condiciones de este o aquel volumen y hubiera suscitado en sus clientes interés por sus problemas materiales. Se había dado cuenta de que miraba a la gente de una forma extraña cuando intentaban regatear y no, como antes, con la mirada irónica del que comenta una broma pesada de los clientes, sino con la mirada absolutamente idiota de la rendición; como si se equivocaran al suponer, por razón de la conversación, que él podía considerarse redimible por la diferencia entre siete y nueve peniques. Veía cómo todo tipo de cosas insoportables y deplorables sucedían como una interminable prolongación de su pesadilla; se veía a sí mismo avanzar con la más sutil y espléndida incoherencia hacia la esperada preparación de su catástrofe. Todo acabó pareciendo formar parte de ella, a despecho de las proporciones; el extremo incluso al que, en aquel banco de la desolación (donde cada hecho sucesivo de su abrumador caso se recortaba contra el poniente rojo como una tenebrosa y absurda silueta), llegó su desinterés por las vulgares desgracias de la pobre Nan, que en su mayor parte no evolucionaban con el paso de los años y los cambios sino que únicamente se agitaban como guisantes secos en un sonajero infantil, siempre los mismos guisantes, desde luego, hasta que el sonajero no se resquebraje y se abra por el uso o por un acceso de cólera. Sus desgracias representaban, o al menos habían representado durante mucho tiempo, la contribución de Nan a la más superficial de las dos esferas de su intimidad: la alternativa intelectual, la única que no consistía en prepararse para que él la cogiera con el brazo por la cintura. Sin embargo, durante los dos primeros años, hubo momentos en que Nan solía tocar uno de los puntos sensibles de Herbert, aunque él se esforzara en disimularlo; también había, para hacerle justicia, otros momentos en los que Nan le invitaba a degustar no su propia sagacidad, o incluso su extravagancia, servida fría, sino un pequeño fruto de su personal y artificial cosecha.

-Me pregunto por qué si *ella* se asesoró legalmente con tanta libertad para proceder contra ti, no te asesoraste mínimamente tú también, antes de estar tan seguro de que no tenías ninguna posibilidad. Tal vez *tu* abogado te hubiera dado una opinión totalmente distinta, bueno, es sólo un decir, ya sabes. -Tan sólo era un decir, pero, no obstante, al principio, lo decía una vez cada quince días más o menos. Más tarde, especialmente después de la boda, volvió a surgir el mismo tema excluyente, según le parecía a Herbert, casi de cualquier otra cosa; en realidad, durante los años más deprimentes, los tres en los que perdió a sus dos hijas, y el largo período de sórdida vergüenza que acabó con la muerte de Nan, le quedó la sensación de que lo repetía varias veces al día. También recordaría luego que su respuesta, antes de que Nan aprendiera a desestimarla, era reiteradamente la misma: «¿Qué hubiera hecho o hubiera intentado hacer, cualquier abogado sino arrastrarme precisamente a la odiosa arena pública? -siempre lo decía así-; ése ha sido en todo momento mi orgullo y mi honor, el único jirón de autoestima que cubre mi desnudez, el haberlo aborrecido y evitado por todos los medios». Aquella frase había puesto punto final a aquel asunto mientras a él le importó el problema, y cuando dejó de importarle todo, aquello se diluyó también en la insustancial cháchara casera. Después de la muerte de su esposa, durante aquel año de soledad mortal, volvió a despertar de nuevo como un eco de cosas lejanas, muy lejanas, lejanísimas, porque entonces se sentía no ya diez, sino veinte años más viejo. Aquello se debía simplemente al peso muerto

que implicaba la carga de su deuda -la continuidad de su dilatada miseria-. A pesar de los vaivenes de la vida, el banco de la desolación aún continuaba allí, como el eterno rubor del cielo de poniente continuaba suspendiendo su indestructible cortina. Herbert Dodd no se había alejado -todo le había abandonado, pero él no había sido capaz de dar la espalda a nada-; y ahora, terminada su jornada de trabajo frente a un sucio pupitre de la compañía del gas, muy a menudo, ya que casi cualquier estación del templado Properley era adecuada para él, emprendía el lento camino sin detenerse hasta el final del espigón y, dejándose caer allí para descansar, solía quedarse sentado durante una hora seguida con la mirada fija al frente. En estas sesiones, con los ojos puestos en el mar verde gris, podría haber vuelto a pasar una y otra vez las cuentas -casi desgastadas por el uso- de su rosario de desgracias que tenía para los dedos de la memoria y las reiteraciones de la sorpresa las mismas pausas al tacto que entre las cuentas pequeñas y las grandes, y que hubiera podido acompañar una plegaria piadosa junto al altar de una capilla sombría.

Si ya hemos dicho que cuando fue consciente del naufragio total que desde mucho tiempo atrás obviamente le aguardaba, se veía a sí mismo, con fría lucidez, actuando puntual e irremediablemente de forma tan deplorable que le impedía mantenerse a flote, así ahora podía quedarse absorto de nuevo simplemente ante el carácter grotesco de aquella vigilia. Lo único que ahora le quedaba por contemplar eran aquellos fantasmas de las estaciones muertas: las sensaciones revividas, como por ejemplo, la deprimente y vana lucidez que había acompañado a la celebración de su matrimonio. Había dejado que su hundimiento total y definitivo fuera la señal para casarse con Nan, unido a un pequeño incidente secundario: la repentina desaparición de Mr. Dean con la cajita metálica en la que había logrado comprimir los certificados de crédito de la empresa y que, por aquel entonces, tuvo consecuencias más o menos desfavorables en el negocio de Drury & Dean. Lo único que Herbert Dodd pudo hacer fue casarse con Nan o, de todos modos, fue lo único que se le ocurrió. Sin duda, podría no haberse casado, del mismo modo que podría no haber tenido que sufrir la máxima humillación y casi la miseria, del mismo modo que su esposa e hijas podrían no haber muerto debido a lo poco que él era capaz de darles, ante los espantosos y reiterados aprietos a los que se veía sometido; pero, meditándolo al fin en solitario, era extraño que no hubiera visto la manera definitiva de asegurar la subsistencia de su familia hasta que las últimas migajas de su vulgar y pretencioso negocio y el último vestigio de propiedad en la vieja estantería de madera y azulejos en la que se alojaba, hubieran sido sacrificados a los acreedores que llegaban en filas de seis en fondo.

Desde luego, lo que también había contado en el extraño estado de cosas era que, incluso al final de los dos o tres años en que había permitido que Kate Cookham se atiborrara a costa del atroz tributo que él le asignaba, nadie, ni Bill Frankle ni ningún otro -por lo que podía deducir- había logrado asediarla con éxito. Kate había considerado decente -en esto se le podía hacer justicia- desaparecer definitivamente del mundo de Herbert, como él lo llamaba, tan pronto como empezó su regular sangría; y fuera cual fuera la lucrativa actividad a la que ella había dedicado su gran talento en Londres o en otro lugar, Herbert notaba que la curiosidad consciente que sentía por ella se enfriaba con el paso del tiempo como se había enfriado el sufrimiento de inútil protesta con el que Kate le había dejado al principio. A lo largo de aquellos años amargos, sólo recordaba dos ocasiones en las que había recibido noticias suyas y ambas le habían llegado a través de Bill Frankle, un bribón frustrado y abandonado y, en última instancia, notablemente ingenuo, que también, desde hacía tiempo, había empezado a vagar por el mundo, pero que, de vez en cuando, aparecía por allí durante unos días. La primera vez que se encontraron -todo el mundo acababa tarde o temprano por encontrarse en Properley, si es que a eso podía llamársele encuentro, en el fulgor o tenebrosidad del detonantemente atractivo malecón- Herbert Dodd se había percatado inmediatamente de que ninguna corriente de dinero, de la cual él mismo pudiera ser la fuente remota, había alcanzado el curso de la vida de este conocido despreciable. Aquello no encajaba con lo que había previsto y quedó todavía más intrigado cuando, mucho después, se enteró de forma indirecta de que se creía que Miss Cookham estaba, o había pasado «de incógnito» unos días entre ellos, y que Frankle, que la había visto y pretendía saber más de lo que decía, era citado como testigo del hecho. Pero no había visto a Frankle en aquella ocasión; sólo le había extrañado, y un cierto grado de misterio subsistía aún. Aquel recuerdo se remontaba a la época sombría de la quiebra del viejo Drury, a las pocas semanas entre la miserable huida de su socio y la reacción del propio Herbert de conducir a Nan al altar para recibir la bendición del vicario de St. Bernard una mañana de diciembre muy fría y triste, entre en círculo de siete u ocho caras largas de nariz colorada y en conjunto desaliñadas. Por entonces, la pobre Nan había llegado a resultarle poco más que otra de aquellas personas desaliñadas de nariz colorada, pero esto sólo se sumaba, según lo veía entonces y aún seguía viéndolo, a su general y particular morbosa valentía. Había cultivado la ignorancia, había pocos lujos íntimos,

inmateriales, que pudiera acariciar celosamente incluso en la más cruel indigencia; y uno de ellos estaba representado por esta fácil negativa de su mente a rendir a ciertos pasajes de su experiencia, a varias imágenes horribles, el homenaje de su atención continuada. Aquello le servía y le ayudaba; pero cuando, pasados doce años de miseria, se sentaba solo y escarnecido otra vez, como si la gran ola de desgracia le hubiera arrastrado más allá de todo y luego se hubiera retirado visiblemente, era como si, varado por efecto de la marea, depositado en el solitario hueco de su destino, sintiera que incluso el orgullo que le sostenía se desmoronaba y no le ofrecía ya estímulo alguno cuando, terminada la tarea cotidiana, el viejo desconcierto avanzaba a hurtadillas en la oscuridad.

Ahora sus veladas de modesto oficinista eran completamente ociosas; pero, sin embargo, a su alrededor no había nada en absoluto con lo que su imaginación, entumecida y rígida por tan larga sequedad, pudiera jugar. En el silencio se alzaban lejanas voces temblorosas y, entre ellas, Herbert percibía con creciente frecuencia el débil gemido de su esposa. Cuando vivía, él se había mostrado sordo ante él, pero ahora, después de tan largo intervalo, volvía a escucharlo una y otra vez, y le parecía que sonaba como al presionar un frágil muelle roto. Formulaba en su oído la eterna pregunta, la pregunta a la que Nan había llegado al fin como obsesionada por la revelación de una afrenta ultrajante, una afrenta que además tenía su origen en la actuación de Herbert más que en cualquier otro lado. «¡Y pensar que no te aseguraste de lo que ella podía hacerte, que no te aseguraste porque estabas demasiado asustado!» -esta evocación había terminado por ocupar una parte tan importante en la reducida conciencia final de Nan que hacía olvidar todo lo demás.

Sin embargo, en aquella época, había llegado a aceptarlo; tenía por entonces asuntos en que ocuparse más urgentes que el gusto de aquella pobre criatura por el dolor lacerante; pero, en realidad, lo que le impresionaba no era la pregunta en sí, sino el hecho de que aquel gusto fuera lo único que le había quedado de todo lo que la vida había traído y llevado. Así eran las cosas; no le quedaba nada en el mundo, en el banco de la desolación, sino la opción de retomar aquel eco y abundante tiempo de ocio para poder hacerlo. El que no se hubiera protegido contra lo que podían o no hacerle, el haber tenido demasiado miedo, ¿guardaría alguna relación con su actual percepción de las cosas? Por descontado que para responder a esta pregunta tendría que haber podido decir en qué consistía su actual percepción de las cosas; Herbert lo consideraba un esfuerzo aburrido, hasta tal punto tenía hundidas sus facultades mentales -aunque tal vez fuera aquella la hazaña que estaba buscando realizar mientras miraba fijamente el mar verde gris.

IV

No era frecuente que se viera asaltado por oscuras meditaciones o que en sus temporadas favoritas, en especial durante el largo intervalo otoñal entre la época de los excursionistas y la de las sillas de inválidos, los paseantes rezagados que iban hacia el oeste fueran tantos como para irritar su arraigado sentido de prioridad. Para Herbert, su asiento, el límite de su paseo, era sagrado; durante años había representado para él su fin último (a pesar de que había otros bancos que, aunque a cierta distancia y colocados de modo diferente, podían haber aspirado al título); por eso, a medida que se acercaba, era capaz de distinguir con recelo y divisar a distancia cualquier ocupación accidental, y jamás se aproximaba mientras durase aquella desagradable situación. Lo que le molestaba era tener que transigir con su costumbre, tanto si se trataba de un hombre, una mujer, o una pareja embobada; los idiotas de esta última especie eran los que más le irritaban, después de las veces que, en el pasado, se había sentado allí, solo, y con Nan durante horas interminables y... bueno, con otras mujeres, cuando las mujeres, en momentos de tranquilidad, aún le interesaban o contaban para él en alguna medida; pero jamás había compartido aquel lugar con extraños pesados de voz gangosa.

Su mundo monótono en aquellos momentos era, no obstante, un mundo de agitación y sobresaltos, en el que, según Herbert concluía, sólo él poseía el secreto de la dignidad de sentarse inmóvil con su propio destino; por consiguiente si daba un paseo o descansaba brevemente en cualquier otro sitio, incluso los ridículos galanes acababan resultando por extensión tan visiblemente sosos como el modo de arrellanarse en el banco, aunque esto jamás les había pasado a él y a Nan. Entonces, cuando volvían la espalda, él se dejaba caer allí, en el banco de la desolación, en lo que él y sólo él lo había convertido por triste adopción; y donde, además, por la misma razón, una vez lo hubo establecido como su objetivo, quedó marcado como un lugar en el que nadie más volvería a sentarse. A lo largo de la dársena, veía a la gente tomarse esta libertad con otras figuras en reposo, pero, en general, la suya les parecía una vecindad o bien demasiado sombría o simplemente deslucida en exceso. Podría ser que los paseantes le tomasen por un malvado, insociable, posiblemente ocupado en tramar un

delito; o lo que era más probable -porque en conjunto seguramente parecía inofensivo- dedicado a venerar algún remordimiento completamente inútil.

Cierto sábado de octubre salió temprano como de costumbre; pero la luz de la tarde, cuando su peregrinaje le arrastraba a su objetivo, le reveló, a gran distancia, el hecho extraordinario de que un usurpador ocupaba su banco. Su primer impulso, como era habitual, fue desviarse un poco y esperar, sobre todo porque la ocupante del banco era una dama, y las damas solas no permanecían mucho tiempo en aquel solitario extremo del tramo frontal; pero vio cómo aquella persona se levantaba, cuando él todavía estaba a unas cincuenta yardas, y dándole la espalda, se dirigía al borde de la amplia terraza, cuya línea exterior continuaba la espaciada sucesión de asientos, protegida por una barandilla de hierro que subía desde el abrupto desnivel de la playa. Allí se detuvo, frente al mar, mientras nuestro amigo por su parte, no viendo razón que lo impidiera, se hundió en el lugar que ella había dejado. Había otros bancos, hacia el este y a lo largo del paseo, para damas indecisas. La dama que así se imponía a la vista de Herbert podía haber resultado para un extraño no tan indecisa o indecisa con una perversa intensidad que sugería algún propósito.

No es que nuestro observador pensara estas cosas de inmediato; sólo se percató, y sin demasiado interés, de que la intrusa presencia era una verdadera dama; de que iba vestida -Herbert se fijaba en estos detalles- con cierta elegancia convencional y deliberadamente combinada, y de que permaneció completamente inmóvil durante un buen rato; tanto, en realidad, que dejó de prestarle atención; y como ella no estaba justo delante de él, sino un poco a la izquierda, lo suficiente para no verla de perfil, Herbert dirigió la vista a una de sus puestas de sol (aunque no era una de las mejores) y se quedó absorto durante un tiempo, que a ella le permitió cambiar de postura y hacerse más visible. Ahora, de espaldas al mar y el rostro vuelto hacia el extraño personaje que se había apropiado del rincón de su banco, ella le dirigió una prolongada mirada antes de que él notara que había cambiado de posición. Sin embargo, al observar aquello tuvo la inmediata sensación de que era objeto de un directo y detallado escrutinio. A medida que su sensación se hacía más palpable se preguntaba quién sería y qué querría -qué le pasaría, como si dijésemos-; su posterior actuación le sugirió, por extraña que pareciese la idea, que en realidad ella le había estado esperando. Que alguien se interesara por él resultaba bastante raro.

Sí, ella seguía allí con toda la anchura de la dársena entre ellos, pero vuelta por completo hacia él, como para mostrarle claramente que él era el objeto de su interés. Y *era* -sí que lo era- una verdadera dama: una persona de mediana edad, de buen aspecto y mucha categoría, vestida de negro, discreto pero elegante, excepto los recién estrenados guantes blancos de cabritilla y un bonito y decoroso velo moteado, blanco en su mayor parte, ajustado al rostro, que dejaba traslucir, incluso para la mala vista de Herbert, sus hermosas y fuertes cejas negras y, lo que él hubiera calificado inmediatamente, de carácter. Pero estaba pálida; sus cejas negras parecían más negras bajo el velo favorecedor; aún mantenía una mano apoyada en la barandilla de la terraza, mientras que la otra, rematando el brazo extendido y rígido, apretaba claramente con fuerza la empuñadura de una pequeña y luminosa sombrilla, cuyo extremo inferior se asentaba, igualmente firme, como un puntal, en el paseo. Así que aquella persona madura, competente e importante, estaba allí de pie mirando al lacio, vulgar y raído hombre del banco -¡ahora valoraba su aspecto!

Por increíble que pudiera parecer, el interés de aquella mujer, por lo que tenía de sorprendente y por la alteración inmediata que le había producido, le impidió reconocer su identidad en un principio y, mientras estuvo mirándola detenidamente, no pensó en quién podría ser. Incluso entonces, al reconocerla, el impacto de la impresión, golpeando en su interior, se redujo simplemente a una especie de inmovilidad atónita. Permanecía sentado allí, quieto y débil, a punto de desfallecer por la sorpresa, y ni por un momento, entre los muchos que se sucedieron, Kate Cookham hubiera podido vislumbrar el más leve indicio de entendimiento en él. No obstante, él vio que ella advertía algo; la vio afirmarse, apoyada con las dos manos, para hacer frente al encuentro; una vez hecho eso, sucedió algo maravilloso, algo que le hubiera sido imposible repetir con claridad más tarde, aunque siguiera pensando en ello una y otra vez. Kate se dirigió hacia él, le alcanzó, se quedó allí de pie y se sentó a su lado, mientras él permanecía simplemente pasivo y estupefacto, impresionado sin animosidad, boquiabierto y perceptivo. Todo sucedía como si hubiera un acuerdo tácito entre ambos, de forma que los dos, total e íntimamente convenían sobre lo importuno de su situación -una situación que volvía a enfrentarles, tras años espantosos, cara a cara-, sobre la vanidad, el sacrilegio y la imposibilidad entre ellos de cualquier cosa que no fuera el silencio.

Más próxima a él, junto a él, a una distancia prudencial (¡era enormemente cortés!) le ofrecía, en los claros términos de su transformación -con creces, formal y ceremoniosamente- las razones que más le convinieran para no haberla reconocido de inmediato.

Sencillamente era otra persona completamente distinta y la exhibición a la que se había entregado con tanto afán iba, obviamente, en beneficio de Herbert -una vez que él, como parecía estar haciendo, había aceptado provisionalmente su acercamiento-. La recordaba propensa a la corpulencia y desprovista de gracia; pero ésta era una dama enjuta, delicada, agotada y casi exhausta -que, no obstante, había compensado su extenuación con algo que únicamente él podía valorar como una rica acumulación de buenos modales-. Parecía extrañamente envejecida, marcada por la experiencia, como si le hubiesen sucedido muchas cosas; su rostro había mejorado gracias a la contracción y concentración adquiridas; y si bien él había admitido, desde la primera vez que la vio, que sus ojos eran espléndidos, ¿le habían mirado alguna vez con aquel sombrío resplandor? Sin embargo, algo había florecido en ella, admitió sobresaltado: Kate había tenido una vida, una carrera, una historia, algo que, a pesar de su actitud expectante y su nerviosismo consciente de ahora, no podía impedir que él notara una profunda y oculta seguridad. Había florecido, lo había hecho -aunque, en cierto modo, al percibirlo de esta manera se daba cuenta también que no alardeaba de ello-. No era pues odio lo que revivía en él; de hecho, reveladoramente -como únicamente podía decirlo-, ella hacía que el viejo asunto entre los dos fuera irrelevante y que estos extraordinarios momentos, pocos o muchos, de su relación recobrada, se abrieran juntos a nuevas posibilidades.

No obstante, al cabo de unos instantes, despertó en él, como el latido de un nervio dolorido, la conciencia de que su propia actitud era la que proporcionaba a Kate el contacto; ahora sabía que no la habría dejado marchar, que no *habría podido* despedirla -que era lo que tal vez ella esperaba que hiciese- sin haberla dejado hablar; y que por tanto allí estaba él, como en aquel otro odioso encuentro, pasivo frente a lo que ella pudiera hacer. Incluso ahora, siempre había estado a su merced; había sabido dónde y cómo encontrarle; y dado por sentado que aceptaría verla y aunque él nunca hubiera imaginado un nuevo encuentro, se enfrentaba a él como si fuera ya lo único que humanamente podía hacer. Sí, Herbert había vuelto allí, guiado por la fuerza de la costumbre, para dejarse caer en el banco de la desolación como el único hombre de aquel lugar al que, con seguridad, no podía pasarle nada que mereciera la pena; y he aquí que en el gris desierto de su conciencia, la tierra se había abierto y llameaba.

Le asaltó incluso la idea de que no se había preparado para aquel encuentro y que su aspecto miserable debía revelarlo. No estaba en condiciones de recibir visitas -ninguna visita-; la conciencia de su propia miseria a la luz de la opulencia de Kate hizo aflorar el rubor a sus escuálidas mejillas. Pero permaneció sentado a pesar del sonrojo; por lo menos, en su calidad de visitante, ella podría sentirse satisfecha. Por fin, apartó su mirada de ella y retomó la contemplación del mar durante breves instantes. Aquello, sin embargo, no le consoló y un momento después consumó el desesperado y singular gesto de levantar ambas manos hacia el rostro, apretándolo contra ellas, cubriéndolo y guardándolo. Mientras mantenía esta postura, Kate habló por fin.

-Si desea que me vaya, me iré. -Y esperó un momento-. Quiero decir ahora... ahora que ha visto que estoy aquí. Deseaba que lo supiera y pensé escribirle... temía que pudiésemos encontrarnos por casualidad. Luego temí que si le escribía, usted se negara. Así que pensé recurrir a este medio, puesto que sabía que debía venir por aquí. -Siguió hablando, haciendo frecuentes pausas, dándole la oportunidad de hacer alguna seña.

-He esperado varios días; pero haré lo que usted desee. Únicamente que, en ese caso, me gustaría regresar. -Se detuvo de nuevo; pero por increíble que a él mismo le pareciera, no la hubiera interrumpido. Le mantenía en un estado de absoluta expectación.

-He bajado... quiero decir que he venido de la ciudad... a propósito. Pienso quedarme unos días, soy muy paciente y quiero darle tiempo. Pero, ¿puedo decirle que se trata de algo importante? Ahora que le he visto -manifestó del mismo modo- veo lo inevitable que era... me refiero a mis deseos de venir. Pero puede actuar como desee -resumió- al menos hasta que se acostumbre a la idea.

Hablaba así buscando la reconciliación, por discreción y por un propósito oculto que ya se había manifestado en sus modales; y tras haber comprobado, parapetado tras sus manos, que la voz que volvía a oír, era realmente su voz -¡tan refinada!- y que la oía y oía, después de tantos años, haciendo una disquisición contra el resentimiento, se descubrió el rostro y la miró cara a cara. Le resultaba más desconocida que nunca. No quedaba apenas nada del personaje cuyos rasgos tan duros le habían resultado en el pasado. Era una persona hermosa, seria, autoritaria, pero refinada y, como si dijésemos, remodelada -ella, cuya vulgaridad en su primer enfrentamiento le había dejado temblando mientras quedó temblor en su cuerpo-. Sobre la atrocidad de aquella mujer había edificado Herbert su vida, pero curiosamente, aquel sentimiento iba desapareciendo en su interior; así pues, de la manera más extraña que pueda imaginarse, al sentir que no debía dejarla marchar fue como si alargara la mano para salvar el pasado, el odioso, real e inamovible pasado, como si ella hubiera sido

precisamente la causa de que hubiera sido así y de que él lo hubiera padecido. Se sentiría espantosamente *traicionado* si ahora se equivocaba respecto a ella.

-Me da igual -se oyó decir por fin a sí mismo.

La indiferencia le había parecido, de momento, lo máximo que podía conceder; pero enseguida se dio cuenta de que hubiera debido añadir: «¿Ha venido a verme a propósito?». -Estuvo a punto de ir más lejos y preguntar-: «¿Qué quiere de mí?»; pero se contuvo a tiempo para no evidenciar que le importaba. Si demostraba que le importaba, ¿dónde quedaría su venganza? Cinco minutos después, pensaba en aquella venganza con inquietud en vez de enfrentarse a ella con tranquilidad. De todos modos, cuando empezaron realmente a hablar se le ocurrió que las precauciones, el tacto, las consideraciones y reiteración de intenciones que Kate manifestaba, unidos al reconocimiento casi explícito de la parte que a ella le correspondía en aquel asunto y la delicadeza con que pulsaba las cuerdas de la sensibilidad de Herbert, revelaban que estaba comprendiendo, que había comprendido, más cosas que los leves indicios que todos aquellos años, hasta este extraño atardecer, le habían ofrecido a él. Continuaron conversando, él no la habría dejado marcharse, fuera cual fuera el compromiso y la abyección que implicase; sin embargo se mantuvo al margen, refugiándose en esos comentarios banales que afloran con viejos conocidos, pero dejando de lado los reproches. El reconocimiento y la constatación de que había venido desde Londres por él, de que tenía motivos para ello, de que le había estado rondando y vigilando, de que se había asesorado vagamente sobre sus costumbres (de las que lograba hablar como si, en la presente situación de prosperidad en la que ambos estaban, hubieran de posponerse), les mantuvo absortos el tiempo suficiente como para ver con claridad y escuchar, tan rígido o tan sereno como le fuera posible, cómo ella se sentaba allí, al igual que al principio había estado de pie, asustada y que su temor estaba en relación con su intención de tener alguna oportunidad con él. ¿Qué oportunidad podría ser? Fuera cual fuese la intención que albergaba la prodigiosa actuación de Kate Cookham la llevó a atestiguar que el estado de la fortuna de Herbert era sencillamente magnífico. Apretó los dientes al darse cuenta de que tendría que aceptarlo. ¿Pues qué podía significar sino que a Kate le hubiera gustado mostrarle su compasión de haber podido hacerlo sin riesgo? ¡Pero Herbert no estaba dispuesto a concederle la más mínima medida de seguridad!

Pensando en esto, Herbert ya había comentado, para entonces, que probablemente ella no vería muchos cambios a su alrededor que no empeoraran las cosas -Properley estaba declinando rápidamente, tan rápidamente que sólo Dios sabía si se detendría alguna vez-, y también había mencionado que, aún así él permanecía fiel y seguía amándola a pesar de todos sus defectos; para entonces, ya se había rendido a ella superficialmente, añadiendo más detalles y algunas consideraciones cáusticas sobre la marcha de los asuntos locales, la desaparición de puntos sobresalientes y personas importantes, la frecuencia de vendavales, la mala política del Ayuntamiento al no dar importancia a los excursionistas de poco pelo; para cuando acabó de disculparse y ella comentó por su cuenta que se hospedaba en el Royal -un hotel que Herbert consideraba uno de los más vetustos, tradicionales y distinguidos- él había llegado por lo menos a una conclusión, al hecho sorprendente de que, al final, entre todas las cosas del mundo, sus problemas le habían conducido a una «relación social» y de cómo aquel lujo era para él una experiencia sin precedentes. Sólo una vez en su vida había puesto los pies en el Royal, en cierta ocasión en la que él mismo había ido a entregar un paquete, a falta de uno de los numerosos e inútiles chicos de recados que había tenido; se había reunido en el vestíbulo con la dama que, por la mañana, le había comprado las obras de Crabbe, gracias, según le complacía pensar, a la hábil persuasión de sus agudos comentarios sobre el autor que, en aquel coloquio, según recordaba, él había asociado hábilmente con una referencia a Charles Lamb; la dama se fue pasados uno o dos días sin pagarle, aunque recibió un cheque suyo de Londres al cabo de tres o cuatro meses.

Aquello no había sido una «relación social»; y verdaderamente, en lo más profundo de su deseo de ser serio, imperturbable e impenetrable, de ser en realidad inconmensurable, latía la intensa visión de su provocación y la consumación del sentimiento que había empezado a saborear. Lo llevaría a cabo, además -sería una filigrana de su maestría-, no sólo sin la reveladora ansiedad de una sola pregunta, sino limitándose a verla perder pie en lo tocante al efecto real que ejercía sobre él (y seguramente lo perdería, dado el profundo desconcierto que supondría para ella aquella ambigüedad). Kate, obviamente, ya había perdido pie para cuando él la obligó -le costó diez minutos- a ser consciente de los temas absurdos y ridículos de los que le hablaba, como por ejemplo el precario estado en el que se encontraba la agencia que llevaba el *Bijou Theatre* en el Pierhead -todo como una advertencia para que ella deseara que él quisiera saber el motivo de su visita-, para que lo deseara con todas sus fuerzas antes de que Herbert hubiera dejado de ser tan reservado como para no preguntárselo. No deseaba -y esto resultaba por cierto totalmente prodigioso- causar a Kate otro daño que no fuera hacerle perder pie; pero

estaba dispuesto a hacerlo durante el tiempo suficiente para analizar su situación. Aún parecía estar analizándola cuando, un minuto más tarde, Kate hizo una última interrupción, que aparentaba ser firme, en la falsa conversación.

-Me pregunto si podré convencerle para que venga mañana a las cinco a tomar el té conmigo.

Herbert no pudo ni siquiera contestar, aunque apenas daba crédito a sus oídos. Mañana era domingo y la propuesta se refería claramente a la costumbre del «té de las cinco», que él sólo conocía por las novelas de costumbres contemporáneas y los fascinantes anuncios de mantelerías. Nunca en su vida había estado presente en un ritual tan lujoso, pero se mostraba indiferente para darle falsamente a entender que estaba saturado de relaciones sociales.

-Tal vez ya sabe que hace tiempo que renuncié a mi pequeña, aunque interesante, librería de segunda mano.

Kate perdió pie de tal modo que no pudo decir nada, ni encontrar la palabra adecuada a la situación; especialmente porque el tono casual e inexpresivo descartaba completamente el que aquello pudiera tomarse como un revés. Sobrevino el silencio; pero tras unos instantes, Kate volvió a insistir:

-Si *puede* usted venir, me encontrará en el hotel. Como ya le he dicho, he venido de Londres expresamente para verle y quisiera hacerlo en condiciones distintas a las de hoy; pero dejo la decisión en sus manos -concluyó.

En aquel punto, Herbert se sintió asaltado por una repentina inspiración, aunque necesitó un minuto o dos para decidir llevarla a cabo; un minuto o dos durante los cuales el temblor de su pie cruzado sobre la rodilla llegó al paroxismo.

-Desde luego, sé que aún le debo una enorme suma de dinero. Si desea verme para *eso* -continuó- puedo decirle ya desde ahora que en el futuro seré tan incapaz de satisfacer mi deuda como lo fui en el pasado. Nunca podré saldarla -dijo Herbert Dodd.

Mientras hablaba, la había estado mirando; pero al acabar dirigió de nuevo su mirada hacia el mar y continuó agitando el pie. Ahora sabía lo que había hecho y por qué; y el sentir clavados en él los oscuros ojos de Kate durante su declaración y después de ella, no alteró su modesta satisfacción. Incluso cuando ella continuó sin decir nada, él no se volvió; permaneció sencillamente en su rincón como si, una vez expresada su opinión, no tuvieran nada más que decirse. Y era posible que así fuera por el modo en el que Kate se puso en pie, recuperando la compostura, su pequeña sombrilla y el elegante bolsito con detalles dorados; tras permanecer de pie unos instantes, se dirigió hacia la barandilla de la terraza como lo había hecho antes y se quedó, como al principio, dándole la espalda, aunque es posible que en esta ocasión con un temor diferente. Hacía un cuarto de hora ella aún no le había puesto a prueba pero había experimentado aquella ansiedad; ahora, que sí le había puesto a prueba, las cosas no eran más fáciles... pero seguía pensando en lo que aún podía hacer. Dejó que Kate lo pensara, en realidad nada más interesante para él que la decisión que ella iba a tomar; pero cuando Kate se dio la vuelta y se acercó a él, Herbert no se levantó ni le ofreció ninguna ayuda. Si su mirada, al encontrarse con los ojos de Kate en silencio, le ayudó de algún modo, era asunto suyo.

-Piénselo bien -dijo Kate-. Tómese el tiempo necesario y recuerde que yo estaré en casa.

Insistió en que le dejaba a él la responsabilidad de asumir una decisión. Y por su parte, también ella reveló una artimaña que se manifestó cuando, un momento después, Herbert se levantó. Se sonrojó al ponerse en pie porque, al hacerlo, exhibía lo andrajoso de sus ropas; no supo (ni pudo, ni quiso saberlo) si Kate abarcaba con sus ojos, de pies a cabeza, cada una de sus raídas prendas, porque tenía su penetrante mirada fija en un punto lejos de ambos.

Las palabras de aceptación de la invitación se resistían a salir de sus labios, pero la actitud de Kate le inspiraba tal curiosidad que aún le resultaba más difícil negarse a ir, así que se refugió en una pregunta que evitaba cualquier decisión frente a lo anterior:

-¿Está usted casada? -indagó sencillamente, aunque mientras esperaba la respuesta de Kate se dio cuenta de que era una pregunta absurda.

-No, no estoy casada -dijo; e hizo una pausa como inquiriendo la relación que podía tener aquello con su invitación.

Seguramente él hubiera sido incapaz de responderle, así que recurrió a un torpe «¡Oh!» que les siguió manteniendo enfrentados. Aquella torpeza que, flotando en el aire, resultaba casi una vulgar perogrullada, le obligó a girar la cabeza y, cuando se volvió de nuevo, ella había iniciado la retirada, como si desistiera, deteniéndose tan sólo para mirarle por última vez. Todo era un poco embarazoso, pero súbitamente Herbert tuvo una idea feliz: levantó el sombrero en silencio, despidiéndola con toda dignidad. Desde joven, había

cultivado el arte de la precisa inclinación en el saludo, y ahora aquel destello de corrección brotaba del limbo gris de la época en que aquellas cosas le importaban; y surtía efecto. Es posible que a Kate Cookham le gustara, ya que, mientras continuaba alejándose, con su blanco rostro vuelto hacia él, le rindió un homenaje de sumisión. Herbert mantuvo la dignidad a salvo y ella se fue casi con humildad.

V

Aquel domingo por la tarde, Herbert no hubiera dejado por nada en el mundo de acudir a la cita; después de todo no estaba desprovisto de tres o cuatro prendas de vestir que, si bien no hacían honor a aquella ocasión concreta, tampoco suponían en absoluto un desdoro. Aquella deficiencia podría haberle mantenido alejado, pero no atendió a su voz interior, ni el dictado de su orgullo. En realidad, su impaciencia -porque sin duda le parecía una espera larga- se suavizaba al pensar que su orgullo se beneficiaría si aceptaba estos pasos conciliadores. Desde el momento que lo pudo formular de esa manera -que no podía negarse a escuchar lo que ella pudiera tener que decir, con todo detalle, en su propio favor-, debió de sentirse ciertamente aliviado; para demostrarlo, silbaba para sus adentros fragmentos sueltos de una dulce canción íntima que no había brotado de sus labios desde hacía mucho tiempo, mientras deambulaba en aquel domingo de otoño moteado de nubes. El intervalo de veinticuatro horas acrecentado por una noche con muchos más recuerdos que olvidos, no le había aliviado lo más mínimo; no obstante, a pesar de esto, nuestro amigo sumamente acicalado, peripuesto y repulido sentía una agitación sin precedentes mientras era conducido al salón de Miss Cookham en el Hotel Royal. Sí, era una aventura, y él no había tenido una aventura en su vida; aquel término tenía para él un valor inapreciable, de la misma manera que desacreditaba cada una de las etapas de su vida anterior.

Lo que en aquel momento le produjo la impresión de acreditar muy positivamente esta etapa fue el hecho de que, no lejos de su anfitriona, en lo que él percibió como un lujoso salón que el crepúsculo empezaba a vestir de sombra, se sentaba un caballero que se levantó al tiempo que ella se levantaba y al que Miss Cookham se apresuró a presentar. Para Herbert Dodd el caballero tenía todo el aspecto de un pez gordo: bastante colorado y calvo, pero con gran bigote, vestido con chaleco y corbata de lo más elegante, con profusión de cadenas y anillos, de dientes resplandecientes en una vidriada sonrisa monocular; una aparición prodigiosa con la que «toparse», como se decía en la novela contemporánea, o para que ella se topara contigo.

-Capitán Roper, Mr. Herbert Dodd -sí, su anfitriona les presentó; pero inmediatamente después continuó con algo aparentemente más desconcertante para el capitán Roper que para el estupefacto segundo invitado.

-Bien, así pues, hasta la próxima vez, adiós -al tiempo que extendía la mano al personaje al que se dirigía sin dejarle más alternativa que depositar en la mesa su taza de té, a pesar de que Herbert vio que no se la había terminado, y mirar en derredor buscando el sombrero.

Miss Cookham había colocado la bandeja del té en una mesita ante ella y había servido al capitán Roper mientras esperaba a Mr. Dodd; pero ahora, sencillamente le despachaba con una encantadora e inequívoca decisión, sabiendo lo que hacía, como hubiera dicho nuestro héroe, lo que ampliaba de un golpe la opinión de Herbert acerca de la cantidad y variedad de cosas distintas, en lo que se refiere a modales y maneras de la gente acomodada, que revelaba una relación de compromiso. Al capitán Roper le habría gustado quedarse, habría deseado tomar más té, pero con aquel directo proceder Kate le daba a entender que ya le había visto suficiente. Herbert había contemplado a lo largo de su vida montones de situaciones groseras; pero nunca había visto una situación suavizada con aquella suavidad particular, llevada a cabo por el exquisito comportamiento de la propia retirada del capitán Roger que incluía, en su despedida claramente crispada, la percepción del individuo por el que él había sido sacrificado; aquel tipo dudoso y ordinario que tenía delante, sin ninguna categoría, como lo confirmaba la cadena de seguridad del viejo reloj de plata, abotonada a un lado bajo el abrigo mal cortado.

Cuando el capitán abandonó la habitación, a Herbert le asaltó la curiosa sospecha -aunque aún quedaban curiosidades de sobra- de que aquel hombre había sido sacrificado públicamente y adrede; de tal forma que, cuando la puerta se cerró tras él, Kate Cookham, esperando de pie, parecía decir, con la expresión de sus hermosos ojos, al amigo de su juventud: «¡Aquí tiene... mire lo que soy capaz de hacer por usted!».

«Por él»; eso era lo extraordinario; y no lo era menos que, en el espacio de tres minutos, él estuviera ya, en cierto modo, observándolo con la intensidad de una nueva luz; una luz que encajaba con la secreta atmósfera de lujosos cortinajes y multitud de espejos del salón, donde el fuego de la chimenea y la proximidad del crepúsculo ratificaban la sensación de intimidad y en el que las cortinas sueltas del amplio ventanal estaban separadas

dejando a la vista su Paseo de toda la vida, la parcela de su existencia que desde abajo, azotada por el viento y la lluvia, le resultaba tan familiar pero que, en el transcurso de todos aquellos años, jamás había contemplado desde una posición tan privilegiada.

-Es un conocido, pero es un pesado -explicó su anfitriona refiriéndose al capitán Roper-. Me tropecé con él ayer, pero no le invité y, antes de que usted entrara, le advertí que esperaba a un caballero con quien deseaba estar a solas. Como usted ya sabe, tengo por norma ir directamente al grano; además -añadió- él ya había tomado el té.

Dodd, que había estado mirando a su alrededor había observado, entre otras cosas, el esplendor y la distinguida elegancia, en su opinión, del servicio de té utilizado por Miss Cookham y el atractivo multicolor de los sabrosos comestibles en las bandejas.

-¡Pero si no se lo había tomado! -se oyó a sí mismo replicar un momento después con total seriedad; se dio cuenta inmediatamente de que aquella salida revelaba el candor de su interés, la ingenuidad que había sobrevivido a tantas vicisitudes. Si demostraba tal interés, ¿cómo podía ser orgulloso?; y si era orgulloso, ¿cómo podía mostrar tanto interés?

De todos modos, había hecho reír a Kate de buena gana y por ese motivo se dio cuenta de que, por una parte, era la primera vez desde su reencuentro que ella reía y de que, por otra, su risa no le resultaba cruel. Lo consideraba, no obstante, un signo de desinhibición ya que, inmediatamente y todavía sonriendo, ella contestó:

-¡Me parece que nos vamos a entender!

Aquello era un indicio de que había marcado alguna diferencia para ella; le había indicado un modo de relación, o algo parecido, del que ella no había estado segura el día anterior; pero además no lo había hecho intencionadamente: no había venido para facilitarle nada; así que cuando Kate continuó diciendo en el mismo tono jovial:

-Lo importante es que usted se tome tranquilamente el suyo -a Herbert no le quedó más que una respuesta posible.

Su mirada jugueteó de nuevo con el servicio de té; parecía curiosamente ayudarle; pero no se sentó.

-Como ve usted, he venido..., pero he venido, si me lo permite, para tratar de entender; y si usted necesita estar a solas conmigo, y si he de compartir mi pan con usted, creo que primeramente debería saber con exactitud cuál es mi situación y a qué supone usted que voy a comprometerme.- Había meditado con atención aquellas palabras, especialmente lo de «compartir el pan»; aunque, en presencia de Kate (naturalmente su presencia alteraba muchas cosas), no fuera tan contundente ni tuviera tanto peso como él había planeado que tuviera. Pero no obstante, la frase surtió su efecto y Kate se puso completamente seria.

-Usted no se compromete a nada. Es perfectamente libre. La única que se compromete soy yo.

Dicho esto y mientras ella permanecía en pie allí, como esperando generosa y respetuosamente que él reflexionara y decidiese, Herbert se sintió naturalmente tentado de preguntarle a qué se comprometía ella, si previamente no hubiera pensado en algo mejor que decir.

-¡Oh!, eso es otra cosa.

-Sí, eso es otra cosa -replicó Kate Cookham. A lo que añadió:

-¿No quiere usted sentarse ahora?

Herbert se hundió deliberadamente en la silla que había ocupado el capitán Roper; ella volvió a su asiento y, mientras lo hacía dijo:

-Yo no soy libre. Pero al menos lo soy para esto -añadió frente a la bandeja de té.

Rodeados de todas aquellas cosas sólidas y brillantes que tenían ante sí, Herbert se había hundido instintivamente en la silla como abrumado por la extrañeza, por su resignada aceptación; las últimas palabras de Kate despertaron en él una rara sensación de menosprecio. «¿Sólo para esto?» «Esto» lo era todo en estos momentos para un hombre sometido a tan largo período de inanición y, como si de repente ella se hubiera burlado de él perversamente, Herbert esbozó una protesta:

-Entonces, ¿no se refiere a las riquezas cuando dice «esto»?

-¿Riquezas? -sonrió Kate, ofreciéndole una taza de té, por haber conseguido arrebatarle una pregunta.

-Quiero decir, ¿no tiene usted mucho dinero? -Ya no le importaba que su curiosidad quedara al descubierto; tenía una taza en la mano, y ¿no era eso prueba inequívoca de su interés? Había sucumbido a la relación social.

-Sí, tengo dinero. Por supuesto que le extrañará, pero he querido que le extrañara. Vine aquí para hacérselo entender. Así que ahora, ya lo sabe -dijo, recostándose en una silla más rígida para poder verle la cara y con los brazos estrechamente cruzados, en una postura característica en ella, como tratando de controlar sus nervios.

-¿Ha venido para demostrarme que tiene dinero?

-Ese es uno de los motivos. No tengo excesivo dinero... ni siquiera mucho. Pero tengo el suficiente -dijo Kate Cookham.

-¿Suficiente? ¡Ya lo creo! -respondió, sin poder evitar de nuevo un cierto sarcasmo.

-Suficiente para lo que yo deseaba. No siempre vivo así... en absoluto. Pero vine al mejor hotel a propósito. Quería demostrarle que podía permitírmelo. ¿Lo entiende ahora?

-¿Entenderlo? -preguntó atónito.

Kate alzó los brazos, y los dejó caer de nuevo en su regazo.

-¡Lo hice *por* usted... lo hice *por* usted!

-¿Por mí...?

-Lo que hice... lo que hice aquí hace tanto tiempo.

Herbert la miró fijamente intentando comprender.

-¿Cuánto me obligó usted a pagarle?

-Doscientas setenta libras, todo lo que pude conseguir de usted, tal como me lo recordó ayer, de modo que tuve que renunciar al resto. Fue idea mía -continuó-, fue idea mía.

-¿Desangrarme hasta casi matarme?

¡Ahora sí que el hielo estaba roto!

-Para obligarle a reunir dinero, puesto que era capaz de hacerlo, usted podía hacerlo. Y lo hizo, lo hizo, ¿qué mejor prueba?

Las manos de Herbert cayeron inertes; tan sólo podía mirar fijamente; y también el comportamiento de Kate era diferente ahora.

-Lo hice. ¡Desde luego que lo hice...!

Y la dolorosa simplicidad de la confesión, que de alguna manera parecía ser lo único que le quedaba, sonó monótona a sus propios oídos.

-Bueno, pues aquí tiene... ¡no se ha perdido! -contestó Kate con el rostro más serio.

-¿Aquí tiene? -balbució Herbert-. ¿Mi pobre y viejo dinero atormentado... mi sangre?

-¡Debe usted saber que también es mi sangre! -Kate irguió la cabeza como no lo había hecho hasta entonces, como invocando su derecho a hablar de lo que era su tesoro más preciado-. Yo cogí su dinero, pero esto -el que yo esté aquí de este modo- es lo que he hecho con él. ¡Ésa fue la idea que tuve!

Sus «ideas», como algo de lo que vanagloriarse, le dejaban perplejo.

-¿Tener todo lo que puede tenerse en el mundo a costa de mi desgracia?

Kate había vuelto a cruzar los brazos y se sentó erguida, agarrándose los codos; sabía que él podía entenderlo y que había visto desde el principio lo que quería decirle, por difícil y monstruoso que pudiera ser.

-Tanto como a costa de mi propia desgracia, para hacer con su dinero lo que usted no hubiera hecho jamás por sí mismo.

-¿Por mí mismo? ¿Por mí mismo? -gemía asombrado-. ¿Sabe usted, o no sabe, lo que ha sido mi vida?

Kate esperó, y durante un instante, aunque el salón había quedado en penumbra y pronto no quedaría más luz que el destello de las farolas en el paseo barrido por el viento, Herbert vislumbró en sus ojos oscuros un plateado destello de impaciencia.

-¡Ha sufrido y ha trabajado, que, ¡bien sabe Dios! es lo mismo que yo he hecho. Por supuesto que ha sufrido usted -dijo Kate-, ¡era inevitable que sufriera! No nos queda más remedio que sufrir si queremos hacer, ser o conseguir cualquier cosa.

-¿Y qué es lo que he hecho, he sido o he logrado yo? -A Herbert Dodd le resultaba casi angustiosamente natural hacer esta pregunta. Kate se sintió obligada a protegerle de nuevo, diciéndole todo lo que pensaba.

-¿No se imagina nada? ¿No concibe usted que...?

-Y luego, mientras su reto penetraba más adentro, más hondo de lo que hasta entonces lo había hecho, haciendo enrojecer a Herbert, dijo-: ¡Fue *por* usted, por usted! -estalló de nuevo-. ¿Y por qué o por quién otro hubiera podido ser?

Su visión de las cosas se aclaraba ahora a un ritmo que le forzó a contestar rápidamente:

-En un tiempo pensé que pudo haber sido por Bill Frankle.

-Sí, así es como usted me consideraba -contestó con tristeza Miss Cookham.

Pero él pasó por alto aquellas palabras; su pensamiento estaba ya en otra cosa.

-¿Y de qué me sirve? ¿De qué me ha servido eso a mí?

-¿No le está sirviendo de algo ahora? -respondió su amiga y, antes de que él pudiera hablar, añadió con un velado juego de su atormentada lucidez-: ¡Pero si ni siquiera se ha tomado el té...! -Lo cierto es que Herbert no había tomado nada, y de haber podido explicarlo, habría argumentado con toda sinceridad que, aunque tenía apetito al llegar, le había desaparecido súbitamente. Pero lo que aparentemente Kate deseaba que él aceptase de ella no era precisamente algo de comer o beber. De modo que si Herbert miró por encima de la bandeja que tenía ante él, fue para decir muy serio y sin ninguna gracia:

- Pero yo puedo cuidar de usted.

-¿Debo entender que me está ofreciendo devolverme el dinero?

-Le ofrezco devolvérselo con los intereses, Herbert Dodd.

Y el énfasis que Kate puso en aquella palabra fue algo maravilloso. Por un momento Herbert quedó como petrificado, mirando fijamente a Kate; luego, demasiado agitado como para permanecer sentado quieto, empujó hacia atrás la silla y se puso en pie. Era como si la simple congoja o el desaliento del principio penetraran en él, y una ola de profunda e irresistible emoción le invadió haciéndole tambalear como bajo el efecto de una gran aflicción. Intentó rehacerse y se dirigió maquinalmente hacia la ventana donde permaneció de pie, mirando sin ver nada. La carretera, la amplia terraza más allá de los bancos, el mar eterno más allá de todo, las farolas encendidas destellando en la noche borrascosa de octubre y los escasos paseantes dispersos a la hora del té; todo aquello se fundía y confundía en el acogedor calor de la sala -¿o era aquella comodidad portentosa la que se fundía con lo demás?- y parecía trabar a su alrededor y ante él experiencias en que lo inolvidable y lo inimaginable se entremezclaban misteriosamente. Lo único que salía de sus labios era el gemido de un «¡oh!» reiterado.

Y después, mientras una espesa nube envolvía todo durante unos momentos, se dio cuenta de que Kate se había levantado y le miraba, considerando todo, hábilmente paciente con él, y la oyó hablar de nuevo con calma y claridad deliberadas.

-Deseaba ocuparme de usted... eso fue lo que al principio deseaba... y a lo que usted accedió en un principio. Lo habría hecho, claro que lo habría hecho; le habría amado, ayudado y protegido; y usted no habría tenido problemas, ni sufrido una humillante ruina en lo que habría sido una vida fácil, sí, una vida alegre y cómoda. Yo se lo demostré y se lo probé; intenté hacérselo comprender; me figuré que lo había logrado y fui feliz durante un breve lapso de tiempo. Usted juró que yo le importaba, lo escribió y me obligó a creerlo -me lo aseguró por su honor y su fe-. Luego, de un día para otro, usted se transformó y cambió de repente; todo se alteró, rompió sus promesas y me hizo saber que quería acabar nuestra relación. Me miraba con desagrado y lo cierto es que incluso evitaba mirarme; se comportaba como si me odiase. Había conocido una joven, de gran belleza, lo admito, y comparada con ella yo me convertía en un esperpento y una idiota.

Estas palabras le hicieron girar bruscamente.

-No, Kate Cookham.

-Sí, Herbert Dodd.

Ella se limitó a mover la cabeza, tranquila y noblemente en la creciente oscuridad, y sus recuerdos, sus motivos y su entereza (¿o fue únicamente su prodigiosa astucia, su trayectoria, su «idea»?) le proporcionaron una seguridad extraordinariamente grande. Sin embargo, ella había alcanzado el tesoro oculto de los propios motivos de Herbert; las terribles motivaciones que volvían a tomar vida con rapidez debido a la fuerza que Kate imprimía a sus palabras y que se amontonaban todas juntas en una gran negación:

-¡No, no, nunca, nunca! Aún no la conocía, no la imaginaba ni en sueños; por eso cuando usted empezó a mostrarse dura y agresiva conmigo y a darme la impresión de que quería reñir, sólo se me ocurrió una idea, acorde con unas apariencias que usted, al menos tal como yo lo veía entonces, no se esforzó en explicar o refutar.

-¿Apariencias...? -Kate deseaba, asombrada, saber qué apariencias eran aquellas.

-¿Cómo no iba a suponer que realmente usted se interesaba por Bill Frankle si creía firmemente que el motivo por el que me reclamaba el dinero era para casarse con él, ya que no podía casarse conmigo? Pero, a medida que pasaba el tiempo, me empezó a extrañar que aquello no sucediera y pensé que tal vez -añadió de inmediato, como con un consciente desliz del más puro estilo- el casarse con Bill no había entrado en sus proyectos.

Ella le había escuchado con la mirada fija y sin decir palabra, con un silencio tal que, mientras Herbert la examinaba durante unos instantes, le pareció que algo le fallaba, como si avanzara el pie buscando un escalón y no encontrara el lugar donde apoyarlo. Otra vez se volvió bruscamente hacia la ventana y entonces ella respondió, pero sin pasión, a no ser la del cansancio que le producía el perdón de la torpeza de Herbert.

-¡Oh, el ciego y su triste locura!

A lo cual, puesto que podía perfectamente aplicarse al propio comportamiento de Kate, él no respondió nada. Además, casi inmediatamente, continuó:

-Digamos que no había mucha diferencia entre descubrir que me odiaba a causa de otra mujer o descubrir únicamente, llegado el momento, que me odiaba usted por mí misma.

Expresado de aquel modo tan tremendamente impresionante, Herbert reconoció que debía aceptar el reproche sin protestas y sin tanto embarazo... puesto que, fuera cual fuese el motivo que le había traído hasta ella, no era el de retractarse fingiendo que, con otra mujer o sin ella, no la había aborrecido durante años. Ahora estaba tomando el té con ella, aunque más bien no lo había probado; pero esto importaba poco y Herbert dejó que Kate se expresara libremente, mientras él distinguía, abajo en el paseo, a Charley Coote, un conocido suyo que, ayudado por la tarde desierta y el destello de la luz de una de las farolas, cortejaba a una joven con quien (su actitud lo hacía grotescamente evidente) jamás había hablado con anterioridad. El propio Dodd aceptaba el recuerdo de lo que había sido su amargo pasado, pero no había vuelto a ella por voluntad propia para incitar, recordar o recriminar; y en cuanto a ella, no podía ser sino una lección para su reciente actuación, la demostración de que cualquier alusión concreta era una alusión a todo. Por supuesto, muy pronto Kate empezó a aludir a todo de modo arrollador y con creciente audacia.

-Pero no permití que ni siquiera aquello influyera en lo que yo deseaba... que era y había sido única y apasionadamente cuidar de usted -dijo-. No contaba con ningún dinero... con nada propio y no podía esperar nada de nadie; así que no podía hacerlo con mi dinero. Pero podría hacerlo con el suyo -concluyó asombrosamente-, si lograba sacárselo.

Herbert volvió a mirarla de frente, con las cejas arqueadas de asombro como jamás lo habían estado en su vida.

-¿Con el mío? ¿Tenía yo algo mío? ¿Acaso pretendí en alguna ocasión tener algo más que unos exiguos y parcos ingresos?

Kate permaneció callada unos instantes haciendo un visible esfuerzo, con la mirada conscientemente enfrascada en el asiento de una silla cuyo respaldo inclinaba ligeramente hacia sí, con las manos aferradas a él, en busca de apoyo.

-Usted pretendía tener suficiente para casarse conmigo... y eso fue lo que después le reclamé cuando rompió su compromiso.

Herbert estuvo a punto de contestar que jamás había pretendido nada y mucho menos aquel deseo que se le atribuía; durante diez segundos estuvo a punto de lanzarle a la cara: «Nunca se me había ocurrido tal idea hasta que usted se enamoró locamente de mí o, francamente, por lo menos eso parecía; usted me persuadió, me enredó y me obligó a comportarme de un modo que iba contra la evidencia de mis sentidos». Pero al mismo tiempo se dio cuenta de que, fuera cual fuese la horrible, perdida e irreparable verdad, haría mejor en morderse la lengua. Otra verdad extraordinariamente distinta, hermosa y terrible le golpeaba, una verdad que ninguno de sus lejanos recuerdos ni de sus constantes dolores podía falsificar y que tomó forma en las siguientes palabras de Kate.

-Mi propósito fue usar ese dinero en beneficio suyo y que usted mismo lo utilizara para su propio futuro. He enfocado mi vida en esa dirección y le aseguro que no ha sido tarea fácil; y tal como le he dicho, sin que usted parezca haberlo entendido del todo, le devuelvo aquel dinero quintuplicado.

La frente de Herbert se perló de sudor.

-¿Todo esto es mío? -preguntó con voz trémula, a causa del profundo y penetrante dolor que le invadía.

-¡Todo! -dijo Kate Cookham.

Aquello era una prueba de cómo le había amado ella; pero simultáneamente tuvo la tremenda impresión de que sólo estaba deslumbrado y no veía la totalidad de lo que ella era realmente; la mujer que, como en la renovada escena del día anterior, en el banco de la desolación, mil veces repetida en el pasado y a la vista de su juventud y vanidad, no le había dejado ninguna alternativa que tomar. Ante él flotaba de nuevo, trágicamente vívido, el momento en que, tras haberse conocido en la librería, Kate se encontró por primera vez con él, solitario y accesible. Y a partir de aquel momento, su destino, el dolor y el precio que otros habían pagado aparecieron unidos, siniestramente ordenados por una sucesión de eslabones que chasqueaban en sus oídos al encajar perfectamente. Ahora, que todo era suyo, le obligaba a preguntarse qué había sido de la pobre Nan, y su constante pregunta sobre si él debía haber capitulado ante las exigencias de Kate. Su pequeña esposa muerta e insatisfecha aparecía ante él, se interponía entre ellos; y él extendía la mano para aceptar aquel regalo por encima del último sufrimiento y la humilde tumba de Nan. También vio los regalos; los vio -ella estaba

exultante- en la figura valiente, sincera y autoritaria de su compañera, como la más extraña demostración de amor. Pero la otra presencia era más intensa, como si su fantasma agitara los brazos frenéticamente; no había pasado ni medio minuto cuando el único débil eco que quedaba de Nan, y que aun así, había llegado a ser un eco poderoso y trascendente, se posó en sus labios como si fuera su única oportunidad.

-¿Me da su palabra de honor de que, con un asesoramiento decoroso, yo no hubiera podido desafiarla con éxito?

Kate empalideció; pero después de lo que ya había dicho, tenía que seguir siendo sincera.

-Desde luego que hubiera podido desafiarme, Herbert Dodd.

-¿Para enterarme de que usted no tenía nada que hacer legalmente?

Aunque pálida, Kate fue audaz.

-¡Habla usted de asesoramiento decoroso...! -interrumpió; quedaban demasiadas cosas por decir y todas inútiles-. Le habrían dicho que yo no tenía nada que hacer.

-Yo ni siquiera pregunté -declaró su triste visitante.

-Por supuesto que usted ni siquiera preguntó.

-No podía permitirme ser tan atrozmente vulgar -continuó diciendo Herbert.

-¡Por amor de Dios! Yo sí que pude -dijo Kate Cookham.

-Gracias.

Herbert consiguió expresarse en un tono que le hizo sentirse más caballeroso de lo que nunca se había sentido en su vida y de lo que, sin duda, volvería a sentirse. Podría haber sido suficiente pero, en cierto modo, mientras permanecía allí con aquel inmenso espacio abierto entre ambos, se dio cuenta de que no lo era. El espacio era como una repentina hondonada o una gran abertura desolada por la que les llegaba el soplo de un frío mortal. Demasiadas cosas se habían derrumbado, demasiadas cosas nuevas se precipitaban sobre él y le envolvían, provocándole una conmoción que le sacudía de pies a cabeza. Sintió que zozobraba, y aunque Kate continuaba mirándole, cedió a la emoción y estalló en lágrimas, llorando débilmente ante ella como había llorado a solas en su juventud, cuando Kate le había inspirado un temor infundado. Kate se volvió e, incapaz de mirar, se hundió en el sofá y, sollozando como réplica, enterró su propio rostro en el brazo acolchado. Durante unos minutos sus ahogados sollozos llenaron el salón; pero en medio de aquella conmoción Herbert logró recordar dónde había dejado el sombrero y que el bastón y sus guantes nuevos color canela -le habían costado dos chelines y tres peniques, y representaban un sacrificio- estaban en la silla contigua. Recogió las tres cosas y, jadeando silenciosa y suavemente, casi de puntillas, alcanzó la puerta y salió.

VI

Una semana después, allí, en el banco de la desolación, ella le hizo una declaración todavía más singular que el intervalo de tiempo, considerablemente largo y tenso, había hecho posible. El domingo anterior, después de dejarla en el hotel, salió en un estado de renovada exasperación y anduvo sin rumbo, bajo el inclemente viento del oeste, junto a los raíles de hierro de la extensa dársena, volviendo hacia el mar su rostro demasiado revelador para los transeúntes con los que se cruzaba de vez en cuando. En el extremo de la gran terraza, incluso en la inveterada oscuridad y a pesar del inminente ventarrón, su inmemorial rincón, su pequeño refugio le había acogido de nuevo. Sin duda fue en el transcurso de aquel abstraído descanso en el banco, en el que la agitación del aire nada tenía que envidiar a su conmoción interna, cuando empezó a mirar de frente su extraordinaria suerte y a reconocer en ella a la vez un cuento de hadas y una pesadilla. Kate continuaba visible y execrablemente apegada a él (¡en realidad apegada era una palabra muy suave!), y la incuestionable prueba de aquello estaba en el ofrecimiento de un consuelo económico de semejante magnitud con el que curar sus heridas, llagas y humillaciones; en esto consistía la fábula maravillosa, el cuento del dinero a puñados; tan sólo parecía tener que quedarse allí y tragar, digerir y hartarse; pero todo el resto era una pesadilla; y la peor de las pesadillas era tener que dar las gracias a una persona por cuya causa Nan y sus hijitas habían conocido la tortura.

Ahora no se preocupaba de sí mismo, ni del hecho increíblemente romántico de aquel inextinguido y, al parecer, inextinguible encanto suyo que había seducido a Kate. Pero le resultaba insoportable, como ninguna otra cosa le había resultado jamás, la posibilidad de aceptar beneficios tan sustanciosos de la persona que íntimamente asociaba -aunque de forma indirecta- con las condiciones que habían hecho sucumbir tan lamentablemente a su encantadora esposa y a sus hijitas, que hubieran podido ser también encantadoras.

Había aceptado la relación social -e incluso aquello a título de prueba- sin saber lo que encubría de forma tan deslumbrante; como relación social había llegado a serlo con creces si, en sus ratos de ocio, como ahora, le conducía a aquel lugar, bajo esta extraña tormenta de sentimientos irreconciliables: la perpleja conciencia de la ternura, paciencia y crueldad de la que había sido objeto, de los hechos, obviamente desconcertantes, que no podían cuestionarse, ni concebirse, ni explicarse, y que aún menos, sin embargo, podían perderse de vista (y él, en realidad, desmoralizado, trastornado e incapaz de trabajar o de cualquier otra cosa, cometió la imprudencia de tomarse libertades que podrían crearle problemas).

Aquel domingo por la noche había vagado sin rumbo, deambulando confuso y temblando; pero esto se convirtió en la tónica general de los días siguientes, ya que, ahora más que nunca, carecía de un lugar o refugio al que dirigirse y no tenía un espacio al que llevar y depositar, o donde soltar -como un ovillo- y encerrar su conciencia dolorida, a punto de partir en dos el frío caparazón de su pequeña y sórdida pensión. Únicamente la bóveda del cielo, la extensión del mar y la costa le ofrecían espacio; podía vagar consigo mismo a cualquier parte; en resumen, fuera cerca o lejos, lo único que no podría hacer nunca era retractarse. Se aferraba con fuerza a aquella certidumbre -al hecho de que para él fuese imposible, aunque ella esperase allí diez años, entre sus felpas y bronces; aquello tenía un efecto extraordinario para lo que él hubiera llamado su dignidad. Se mantendría alejado de ella como lo había hecho desde que la dejó en el hotel, a pesar de que, a veces, cuando se detenía puntualmente en algún lugar para cuestionarse con más rigor, el corazón estaba a punto de parársele.

Los días de la semana transcurrían y todo seguía como cuando él la dejó; no la había visto ni ella había dado señales de vida. Hacía falta fuerza, decía Herbert, para no volver a verla, aunque sólo fuera por curiosidad, porque después de todo, ¿cómo demonios había invertido el fruto de su extorsión para conseguir tales beneficios? ¿Acaso no era aquél el hecho más oscuro entre los extraños fenómenos ocurridos en los últimos años? Pero muerto de cansancio, Herbert se dejaba caer en aquellos bancos, media docena de veces cada tarde -precisamente para demostrarse que tenía la fuerza que la situación requería.

A medida que se multiplicaban los días sin noticias de Kate, él también permanecía sentado durante horas -por supuesto, en el banco de la desolación- firme y rígido, ante la posibilidad de haber perdido todo para siempre. Cuando pasaba delante del Hotel Royal no movía ni un pelo, y cuando se encontró con el capitán Roper en el malecón, tres días después de haberle sido presentado, fingió que no le había visto -otra prerrogativa de las relaciones sociales- antes de dar la impresión de estar interesado en saber si Miss Cookham se había marchado de Properley. A lo largo de su vida, Herbert había fingido no ver a ciertas personas, del mismo modo que otros lo habían fingido con él -ya que siempre había tenido alguien a quien no deseaba saludar- pero nunca había fingido tal distancia como con este extraño conocido, lo que le ayudaba a demostrarse a sí mismo hasta dónde llegaba realmente su preciada sinceridad. Si había perdido lo que había flotado a su alcance, lo había perdido; su único tributo a dicha propuesta era un rechinar de dientes tan violento que, como él diría, podría incluso escucharse con un crujido. No levantaría un dedo, y si en realidad Kate se había marchado el martes o el miércoles, sería absorbida de nuevo por la oscuridad de la que había emergido y, cerrado este inexplicable capítulo de su vida, no haría el menor esfuerzo nunca jamás. De todos modos, ésa era la clase de hombre que continuaba siendo -incluso después de todo lo que había pasado-, y a pesar de que, durante unos breves momentos de ofuscación, ciertas cosas le hubieran parecido agradables. Los momentos de ofuscación habían pasado, la vieja oleada de amargura le había golpeado (¿y no se hubiera sentido avergonzado de no haber sido así?) y ahora podía sentarse allí, como antes, como siempre, sin tener absolutamente nada en el mundo a lo que poder recurrir. Por lo tanto se había equivocado al creer que estaba degradado; y la última palabra sobre él sería que no podía, según parecía, caer en la vulgaridad tal como había intentado permitir que sus desventuras le forzaran a hacerlo. Y no obstante, el domingo siguiente por la mañana, cara a cara de nuevo con él, al final del espigón, le dijo: «¡Como si yo creyera que usted ignoraba con qué cuerda sujetarme!». Completamente cierto, y precisamente aquella mañana sobre todo, no lo sabía, no hubiera podido jurar solemnemente que no le quedaba un ligero rastro -como se decía a sí mismo-, un rastro de confianza en las cosas extraordinarias que aún podían surgir de su entrevista. Era un día soleado y con brisa, y el mar tenía un tono púrpura pálido; Herbert no iría a la iglesia tal como lo hacía la mayoría de los domingos por la mañana, pues a su manera aquello también eran relaciones sociales -y sobre todo cuando tenía, recién estrenados, un par de guantes canela de dos chelines y tres peniques que conservaría durante siglos-. Se vistió reuniendo los escasos recursos que hubieran podido incluirle en la efímera buena sociedad local de St. Bernard, y con este atuendo se encaminó hacia el oeste. Caminaba absorto en las formas más o menos grotescas que su sombra proyectaba frente a él y un poco más a la derecha sobre el asfalto descolorido del paseo, balanceándose y bailando, lanzándose y luego contrayéndose, a tal ritmo

Librodot

que, para cualquier transeúnte que hubiera observado, vistas en sí mismas, sus excentricidades podrían haber sido la base de un interesante desafío: «¡Descubra el estado mental, adivine a qué obedece la agitación que posee al extraordinario dueño de esa sombra!» Pensando en eso, el propio Herbert Dodd, con la hiriente ayuda del sol, podría haber estado intentando una aproximación a su horóscopo inmediato.

De todos modos, aquello le revelaba que el balanceo y la danza de su imagen daban paso algunas veces a una inmovilidad perfecta, cuando él se detenía y clavaba su mirada en ella. «¡Imagínate que viene, imagínatelo!»; -está claro, al menos para nosotros, que en estos momentos se le oía respirar-, respiraba con la intensidad propia de una interrupción entre la esperanza y el miedo. Desde muy temprano, había mantenido la ilusión de que, considerando todas las cosas que podían suceder, la posibilidad de que ella apareciese estaba dentro de lo probable; y esta posibilidad seguía viva mientras avanzaba al son de un *suspense* espantoso. Las cortas etapas de su peregrinaje se sucedían unas a otras como el problema sentimental del «me quiere, no me quiere», que sus amigos de la infancia trataban de resolver arrancando los pétalos de una margarita. Pero realmente estuvo a punto de desmayarse -tan aturdido se sentía- cuando, llegado al punto del largo espigón desde el que siempre podía decir si su sitio estaba ocupado, tuvo a la vista su inmemorial objetivo. Ella estaba sentada en su banco -únicamente podía ser ella la que había tomado posesión del lugar-; para Herbert Dodd aquello era un claro exponente de que si él había dudado de su comparescencia, ella había estado segura de que él acudiría. Aquello le hizo detenerse con un objetivo, o mejor con el propósito de hacer una pausa y juzgar si podía soportar, como el punto más conflictivo de su relación, que Kate le demostrase constantemente que podía obligarle a actuar siempre como ella quería. Lo que zanjó la cuestión entonces -y precisamente mientras se miraban reconociéndose, en el largo intervalo antes de dar por terminado el asunto, como si cada uno por su lado tratara de sacar la delantera al otro...-, lo que zanjó la cuestión fue el hecho de que cuando Kate quería algo, lo quería de un modo terrible. Si se tratara simplemente de utilizarle, como ella había dicho la última vez, y sin tener en cuenta quién de los dos saldría beneficiado, aquello podía pasar; puesto que le obligaba a esperar allí, día tras día, de aquel modo, y gastando tanto dinero, por el azar de un nuevo encuentro. ¿Cómo podía tener ella la mínima seguridad de que él volvería a consentir verla de nuevo después de lo que le había hecho hacía una semana, después de padecer su última y monstruosa honestidad? Desde luego Herbert parecía estar sometiendo esta influencia al examen más difícil y preciso para que ambos pudiesen aprender. Súbitamente tuvo una idea magnífica y genial. «¿Qué pasaría si ahora que la veo allí le demuestro que lo que ha dado por sentado, como es habitual en ella, es una equivocación?, ¿qué pasaría si le demuestro que se equivoca al pensar que lo único que ha de hacer es esperar confiada y silbarme, que mi cuerda es más larga de lo que ella calcula y de que todo es imposible entre nosotros? ¿Y si se lo demostrase dando media vuelta y alejándome de aquí? ¡Tendría que entenderlo por fuerza!» Nada había sucedido a través de la distancia que les separaba, excepto la mutua comprensión de lo que el otro pensaba; todos estaban en la iglesia, la calle estaba desierta (apenas se había encontrado un alma en su recorrido de un extremo al otro del paseo) y las rachas de viento, sazonadas de sol, seguían renovando el aire y limpiando el paisaje. A través de esta hermosa claridad, Herbert veía cómo ella le miraba tratando de ver lo que se proponía hacer. Los dos permanecían inmóviles en aquel momento de máxima tensión; Kate Cookham, con los ojos fijos en él, esperaba rígida, como para dejarle escoger, no por dignidad sino (¡el colmo de la perversidad!) por bondad. Y sin embargo, aquella actitud le conmovió como una garantía de que ella también conocía su falta de libertad, de que aquella era la menos convincente de todas las pomposas exhibiciones, la más humilde de todas las vanas extravagancias que su necesidad, su soledad, las injusticias sufridas, su agotado rencor, la condena a someterse a cualquier muestra de interés, que todo ello pesaba demasiado sobre él como para permitir a las débiles alas de su orgullo algo más que un leve temblor. Ellas no podrían, no podrían levantarle del suelo; Herbert permaneció clavado, sin retroceder ni avanzar, sólo intentando subsanar, finalmente, su propia participación en aquel desolado intercambio, desviando la vista hacia el mar. Aunque profundamente consciente de la torpeza del gesto, se agarraba a él como al último jirón de su honor, argumentando la sensación de inferioridad experimentada los días anteriores; una cosa era que él sintiera que ella era la persona con la que había que contar, y otra, muy distinta, que Kate se diera cuenta de que había que contar con él. El acercamiento controlado de Herbert, que no había llegado a término, podía ser una demostración, en aquellas extrañas circunstancias, de que Kate no era la única en decidir -si ella hubiera dado al fin el juego por terminado y se hubiera levantado, alejándose y aumentando la distancia entre ellos, en cuyo caso, él la hubiera dejado desvanecerse en el espacio definitivamente-. Lo que en realidad sucedió cuando por fin Kate se levantó -aunque apenas tardó el tiempo que nos ha llevado contarlo- no fue para confirmar la separación, sino para darla por terminada; y lo hizo acercándose lentamente a él hasta que llegó al alcance de su

oído. Herbert se preguntaba, consciente de que Kate se acercaba a pesar de que él miraba al mar, qué diría y en qué tono; cómo rompería aquella semana de silencio; y cuando una vez más la voz de Kate llegó a sus oídos, tuvo que reconocer su maestría para desconcertarle.

-Hay exactamente mil doscientas sesenta libras, pero las tengo en una cuenta a su nombre; no tiene más que retirarlas.

Aquellas extrañas y deliciosas palabras se perdieron en el templado ambiente luminoso del silencio dominical, pero incluso mientras veía boquiabierto cómo sucedía, ella estaba allí, con su realidad de dama golpeada por la vida, para responder por ellas y representarlas; y -si se podía concebir mayor gracia que la sencilla belleza articulada de aquellos vocablos- para forzarlas, de forma casi desconcertante, a materializarse. Sí, su elegante bolsito colgaba de su brazo, bien cerrado, como abultado, bajo el cierre, por la portentosa suma, y Herbert se encontró devorándolo con la mirada, como la prueba más real de las afirmaciones de Kate. Habríase dicho que se disponía a abrirlo para que él hundiera en él la mano o, concebida de otra forma la situación, para imponer a la indigencia de Herbert la aceptación de una limosna sin precedentes en los anales de la caridad callejera. Sin embargo, nada, ni la importante cifra, ni la elegante fracción, contaba tanto para él como la breve, rica y redondeada palabra que la brisa había recogido al caer y que ahora parecía flotar entre ellos. «Retirar el dinero... ¿retirarlo?» Sí, estaba boquiabierto como si aquello no tuviera sentido; pero el caso es que incluso mientras estaba así, atribuía al término usado por Kate más romanticismo del que cualquier otro vocablo de la lengua había despertado en él jamás. Él, Herbert Dodd, iba a vivir tirando de su cuenta, como esa gente que no conocía los sinsabores de la vida, y de la que algunas veces había oído hablar de pasada; de hecho, cuando volvió con Kate al banco del que ella se había levantado, sus nervios destrozados estaban al límite, como si el mismísimo banco de la desolación fuera a convertirse en el escenario de aquella proeza y él fuera a morir antes de que sucediera.

Una vez sentados, Kate apretó el cierre de su bolso y sacó de él no un puñado de oro o un fajo de crujientes billetes, sino un sobre alargado y lacrado que, según dijo, había pensado enviarle por correo, que contenía la garantía y los detalles concretos de la cuenta que había abierto a su nombre en un banco de Londres. Herbert lo cogió sin mirarlo y lo sostuvo del mismo modo, ajeno y desprendido, durante el tiempo que siguió a la entrega, con la impresión de estar violento; retorciéndolo y agitándolo y, sin embargo, reteniéndolo; incluso siendo consciente, por encima de todo, del extraño, del tremendo compromiso que representaba su quietud. Podía aceptar aquella suma de dinero, desde luego, pero no sin dar algo a cambio. ¿Y qué podía dar a cambio? Siguió preguntándoselo mientras Kate hablaba de otras cosas, y, por encima de todo, dejaba claro, de manera perspicaz, noble y triunfante, que no necesitaba fingir que estaba convencido de que el constante interés de Kate por él no le habría ayudado en cualquier problema que le hubiera acosado desde su separación. Ella le confesó también que una profunda intuición debía haberle revelado el lugar donde la encontraría, del mismo modo que ella había presentido dónde podría encontrarle; lo cual -¡Oh, ahora se daba cuenta mientras tocaba su tesoro sellado!- quería decir ni más ni menos que ella había igualado la experiencia de ambos. Él no era el único que había sufrido; también ella había tenido que pasar por cosas que él no podía siquiera imaginar; y, puesto que él renunciaba a hacer más alusiones a lo inolvidable, Kate le proponía de un modo tácito que se considerasen en paz y partiesen de nuevo de cero.

Herbert, tal como en cierta manera su orgullo comprometido le impulsaba a hacer, no aceptó el cargo de que él había estado tranquilo respecto a ella durante la semana anterior; a lo sumo llegó a declarar, con una ingenuidad que no le permitió ir mucho más allá, que por supuesto él se había pasado por su viejo lugar de cita, que, a través de los años, había sido el refugio de su soledad y la meta de su paseo de cualquier mañana dominical demasiado hermosa para pasarla en la iglesia; pero que no había contado con encontrársela allí -ya que esa suposición daba la impresión, así lo entendería ella ¿no?, desagradable para Herbert, de haber venido a buscarla. Las averiguaciones de Kate sobre él, una vez que Herbert se hubo sentado, hubieran sido otro asunto, pero él lo resumió así:

-Por supuesto, después de todo, usted ha venido a mí, precisamente ahora, ¿no es así?

Se dio cuenta también de que sonreía sin convicción ni gracia, como la última queja de su honor, la declaración confirmada de que él únicamente había capitulado ante la sumisión de Kate. La sumisión de aquella mujer llegó a ser para él, en aquellos momentos y circunstancias, sentado en el banco de la desolación, de una cuantía más prodigiosa e incluso más misteriosa que aquella otra cantidad garantizada en el sobre con el que su mano derecha golpeaba las yemas de los dedos de su mano izquierda; aunque lo realmente extraordinario era el modo en que Kate podía continuar siendo indulgente con él y a la vez, enfrentársele, a cada paso, con lo que le

quedaba de aquella hábil personalidad suya tan admirable.

-¿Venir a usted, Herbert Dodd? -repitió impertubable-. ¡Llevo diez años yendo hacia usted!

Antes de estos sesenta segundos supremos del más intenso aliento, había habido un momento en el que él estuvo a punto de lanzarle aquel sobre como una salvaje declaración de libertad: «No, no, no puedo resignarme; sencillamente no puedo sepultarlo todo en el fondo de mi alma para siempre, sin una cruz que en el futuro señale su sepultura; por tanto, si eso es lo que significa nuestro acuerdo, debo declinar cualquier relación con ello». Sin embargo, las palabras no salieron de su boca, y cuando un par de minutos después Kate había hablado, la sangre acudió al rostro de Herbert como si, teniendo en cuenta su obstinación y la excentricidad de Kate, se acabara de salvar.

En realidad, todo se detuvo, incluso el manoseo del papel; Kate imponía quietud o, en cualquier caso, imponía intencionadamente un decoroso aire de silencio, y Herbert no hubiera podido decir más tarde cuánto tiempo había pasado sentado allí, en este trance, con la mirada fija simplemente en lo que tenía ante él. De todos modos, pasó tanto rato que la propia Kate se levantó como si, al cabo, su propio ritual tocara a su fin. Él no le había dado nada a cambio, por tanto, ¿a qué esperaba? En las dos ocasiones anteriores, Kate se había encontrado sin palabras momentáneamente, pero, sin duda, nunca del mismo modo que ahora, como lo corroboraba el que se levantara del banco y, una vez más, se dirigiera hacia la barandilla de la terraza. De algún modo Kate se las arreglaría para salir airosa de la situación que esperaba a pesar de las mermadas expectativas; volvería a mirarle de frente después de contemplar el mar, como si esta rígida demora, no exenta por completo de torpeza, no hubiera sido más que un delicado recelo de su cortesía. Kate había recobrado sus fuerzas; después de haberle dado tiempo para apelar, podía aceptar que Herbert se había decidido y que ella no tenía nada más que hacer.

-Bien, entonces... -dijo Kate con voz clara a través del amplio paseo- entonces, adiós.

Se había acercado mientras hablaba, como si esperase que Herbert fuera a levantarse para despedirse; pero él se echó hacia atrás inmóvil, mirándola fijamente durante un momento.

-¿Quiere usted decir que nosotros no... que no...? -Pero sus fuerzas le abandonaron.

-¿Que si quiero decir qué...? -Kate permaneció a la espera de las preguntas que él pudiera hacer, pero era casi como si, a través de su velo moteado, se trasluciera una irreprimible ironía respecto a aquella pregunta concreta-. Creo que durante todos estos largos años he dicho todo lo que soy capaz de decir. He dicho tanto que no me queda nada más que añadir. Así que eso es todo.

-Pero si usted se marcha ahora..., -dijo suplicante, en tono de absoluto fracaso, pero adaptándolo a su propia actitud- ¿no volveré a verla más?

Kate aguardó unos instantes y, curiosamente, aquella espera era ahora para Herbert como si -aunque por fin mucho más agobiado por el tributo pagado por Kate de lo que jamás le había agobiado el suyo- algo dependiera aún de ella.

-¿Le gustaría seguir viéndome? -preguntó Kate sencillamente.

Al oír esto, Herbert se levantó; aquello resultaba más fácil que contestar; al menos responder con sencillez aparente; durante un momento, volvió a mirar la carta con dureza y en silencio; pero por fin levantó sus ojos hasta encontrar los de ella, mientras enmascaraba cuanto podía la consciente tristeza que ambos sentían, y con un cierto aire de seguridad, deslizó la misiva en el bolsillo interior de su abrigo, dejándola reposar allí a salvo.

-Es usted prodigiosa. -Pero al decir esto arrugó la frente en un gesto de extrañeza como jamás en su vida-. Pero ¿cómo lo ha conseguido?

-¿Cómo he conseguido el prodigio? -dijo Kate Cookham-. A través suyo.

Herbert movió lentamente la cabeza, sintiendo, con la carta junto a su corazón, una soltura tan nueva, casi un nuevo campo de interés.

-Quiero decir cómo ha conseguido tanto dinero... tantísimo.

Kate le mantuvo un poco a la espera.

-¿Le parece que mil doscientas sesenta libras es tantísimo dinero? Porque ya sabe usted que no hay más -añadió.

-¡Es suficiente! -respondió con una leve y pensativa inclinación de cabeza hacia la derecha y los ojos fijos en el lejano horizonte como velados por una sombra de timidez a causa de lo que estaba diciendo. Sintió la persistente proximidad de Kate en su mejilla.

-¿Es suficiente? ¡Gracias! -continuó diciendo ella bastante sorprendida.

Herbert cambió ligeramente de postura.

Librodot

-Ha tenido que reunir más de cien libras al año -dijo él.

-Sí -asintió Kate-, eso fue lo que intenté hacer año tras año.

-¡Pero que usted pudiera vivir y acumular mientras tanto esa suma...!

Sí, estaba gratamente sorprendido de sentirse con absoluta libertad, como no se había sentido jamás. Todas las curiosidades de su vida habían quedado hasta entonces sin respuesta, ¿y acaso este cambio no significaba que aquí estaba de nuevo la relación social?

-Oh, pero no siempre he vivido como usted pudo ver el otro día.

-Sí -respondió Herbert, sintiendo inmediatamente que debía de haberse sonreído al contestar-, ¡el otro día parecía que vivía por todo lo alto!

-Por una sola vez en mi vida -dijo Kate Cookham. Y al cabo de unos instantes, añadió-: He dejado el hotel.

-¡Oh! ¿Ha alquilado usted una habitación? -preguntó Herbert deseando mostrarse sociable.

Una ligera sombra de duda pareció envolver a Kate, pero inmediatamente se deshizo, respondiendo a lo que aparentemente él deseaba saber.

-Sí, pero por supuesto lejos de aquí, en la colina. -A lo que, tras un instante, añadió-: En Mount Castle Terrace.

-Oh, sí, conozco The Mount. Y Castle Terrace es un lugar precioso y muy soleado.

-Un lugar precioso y muy soleado -repitió Kate Cookham.

-Aunque no sea como el Royal, por lo menos estará usted cómoda -continuó.

-Ahora estaré cómoda en cualquier sitio -respondió con cierta sequedad.

Era asombroso en lo que se había convertido la de Herbert.

-¿Porque yo he aceptado...?

-¡Digamos que sí! -dijo ella, esbozando una sonrisa.

-Entonces, espero que, de todos modos, ahora pueda descansar por completo.

Hablaba como si quisiera despedirse con una nota alegre, y se esforzaba en sonreír, aunque, sin duda, la mueca era poco convincente; sentía que, puesto que había aceptado, no debía hacerlo con aire abatido ni resentido. Al mismo tiempo, sabía en lo más hondo que, ante aquel rostro expectante que el velo moteado no ocultaba, no podía dar todo por acabado; al menos por su parte, no podía. En lo que a Kate se refería, en cuanto a ella -como Herbert había tenido que aceptar tantas veces a lo largo de aquella semana- la cosa era muy diferente. En cierto modo, su rostro magnífico y compasivo a la vez daba aquello por concluido, aunque de un modo extrañamente velado por las cosas que le ocultaba. ¿Qué habría hecho o qué habría dejado de hacer? Lo que le había contado -en realidad no le había contado nada- no era el relato de su vida; en cualquier caso, en medio de aquel conflicto de sentimientos dispares, era como si, hiciera lo que hiciera, Herbert diera considerables tumbos.

-Pero no puedo imaginarme... no puedo imaginarme...

-¿No puede usted imaginarse cómo he ganado tanto dinero en este tiempo siendo honrada?

-¡Oh, seguro que ha sido usted honrada! -admitió Herbert Dodd claramente.

La respuesta sacó a Kate de su inmovilidad e inició un gesto, que inmediatamente reprimió, como una nueva muestra de su generosidad hacia la incomprensión de Herbert.

-Todo ha sido posible gracias a la tensión bajo la que he vivido, gracias al odio que sentía.

-¿Al odio...?, -preguntó Herbert, puesto que ella se había detenido, como dando a entender que, después de todo, aquello era enormemente difícil.

-El odio a lo que le había estado haciendo durante tanto tiempo.

Al oír esto, y a pesar de todas sus incomprensiones, algo se iluminó para Herbert con mayor claridad de la que había visto jamás.

-¿Y eso le llevó a encontrar los medios...?

-Me obligó a pensar en todo. Me obligó a trabajar -dijo Kate Cookham. Pero inmediatamente añadió-: Pero esa es mi historia.

-¿Y no puedo oírla?

-No..., porque yo no puedo oír la suya.

-¡Oh, la mía...! -exclamó Herbert con el sentimiento más extraño y triste de resignada capitulación, como dando a entender que, aunque quisiera, no podría contarla, a causa del sacrificio y la miseria que implicaba.

Aquello pareció despertar en Kate un cierto sentimiento de envidia.

-¡Oh! También la mía, se lo aseguro...

Herbert recobró el interés.

-Entonces, podemos hablar.

-Nunca -replicó curiosamente Kate Cookham-. Nunca.

Permanecieron así, cara a cara y, pasados unos minutos, Herbert fue capaz de entender la razón de aquella negativa. Aquello era fundamental.

-Sí, comprendo.

Siguieron así frente a frente; y luego, mientras comprendía con una satisfacción que emergía de muy adentro, fue ella, como era de esperar, la que, con su delicado rostro gastado, concluyó:

-Pero ya no puedo cuidar de usted.

-¡Ya lo ha hecho! -respondió él con un tierno candor de agradecimiento.

-Oh, pero en cierto sentido, usted lo necesitará ahora... -insistió Kate.

Herbert esperó un instante, dejándose caer de nuevo en el asiento. Y mientras Kate aún permanecía de pie, él levantó sus ojos hacia ella con la sensación de que, en cierta manera, había demasiadas cosas, y de que todas estaban juntas, de un modo tremendo, irresistible y sin lugar a dudas, en los ojos de Kate y en toda su persona; durante un instante, aquello le conmovió más de lo que podía soportar. Se inclinó hacia adelante, dejando caer los codos sobre las rodillas y se sujetó la cabeza con las manos. Permaneció así, inmóvil y en silencio, consciente únicamente de la maravillosa acción de renovado apoyo que Kate le ofrecía, sabiendo que un brazo le había rodeado y le sostenía. Ella estaba a su lado en el banco de la desolación.